
International BestSeller
Dulce
tentación
Un libro de la colección
Bing Brake

Un libro de
Dina Drake

Dulce Tentación

© 2017, Dina Drake
© De los textos: Dina Drake
© Globex Editorial
MailBox 068
Argleton, Lancashire, Angleterre.
.24 X 19 cm - 204756382938573884
Profesional Daway 371 42S | 22 / CF56678G44G
Publicado por EDITORIAL GLOBEX
Traductor : D. TEODORO LLORENTE
6843947573939295767
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.
6ª edición

Prologo

Nikos Giorgiou está decidido a hacer lo que sea necesario para recuperar a Aryana Matthews, la mujer que ocupó su corazón antes de que él tomara la drástica decisión de casarse con otra. Con la tinta de su divorcio aún fresca, solo puede pensar en una cosa: reencontrarse con Aryana y convencerla de que su amor no ha desaparecido.

Sin embargo, cuando finalmente la localiza, se enfrenta a una realidad dura y desafiante. La dulce y obediente mujer que conoció ha evolucionado; ahora es fuerte, independiente y, sobre todo, está decidida a no dejarse seducir de nuevo. Después de haber sufrido una profunda herida cuando Nik la abandonó, Aryana ha trabajado arduamente para reconstruir su vida, y ha puesto su corazón en un lugar seguro, especialmente porque guarda un secreto que podría cambiarlo todo: su hijo.

El regreso de Nik la confronta con viejos sentimientos y una traición que aún duele. A medida que él se esfuerza por demostrarle que ha cambiado y que su amor es genuino, Aryana debe enfrentarse a sus propios miedos y a la vida que ha construido para proteger a su hijo. ¿Podrán dejar atrás el pasado y encontrar una nueva oportunidad juntos, o el amor que una vez compartieron está destinado a ser solo un recuerdo?

Aventuras, secretos y un intenso tira y afloja emocional se entrelazan en esta historia de segundas oportunidades, donde el deseo y la vulnerabilidad chocan, poniendo a prueba lo que realmente significa amar.

Capítulo 1

El multimillonario griego del petróleo Nikos Giorgiou organizó la fiesta del año en su casa de Londres. Sin embargo, en lugar de socializar con sus invitados, se dedicó a contestar correos electrónicos y a huir de las mujeres que le acosaban desde que se hizo pública la noticia de su divorcio.

— He oído — murmuró una voz femenina desde el otro lado de la puerta de la biblioteca, que se había quedado entreabierta cuando uno de sus empleados había ido a buscarle una copa — que se deshizo de ella porque se drogaba.

— He oído, — añadió otra voz, — que la dejó con todas sus cosas en la puerta de su padre en mitad de la noche.

A Nik le hizo gracia ver cómo a sus invitados les divertían estas especulaciones. En ese momento sonó su teléfono móvil y lo cogió.

— ¿Sr. Giorgiou? ¿Sr. Giorgiou? Soy Ben Wilkinson de Investigaciones Wilkinson...

— ¿Sí? — respondió, imaginando que el detective que había contratado le llamaba para decirle que no tenía noticias.

— Al menos esta vez estoy seguro al noventa por ciento de que es ella — dijo el otro hombre, consciente del error que había cometido en el pasado — . Hice una fotografía y te la envié por correo electrónico. Antes de seguir adelante, podrías comprobar que es ella.

De repente, Nik olvidó lo que estaba haciendo y se levantó de un salto, con los hombros erguidos, mientras volvía a abrir su correo electrónico y buscaba el correcto.

La foto no era muy buena, pero enseguida reconoció la figura, pequeña y curvilínea, envuelta en un mackintosh de flores, y se sintió nervioso y satisfecho al mismo tiempo.

— Le pagaré generosamente por el hallazgo — dijo al detective, mirando fijamente la fotografía por temor a que desapareciera de repente, como había ocurrido en otra ocasión .

De hecho, Nik había pensado que nunca lo encontraría.

— ¿Dónde está? — preguntó.

— Tengo la dirección, señor Giorgiou, pero aún no dispongo de información suficiente para hacer un informe completo — explicó Ben Wilkinson — . Si me da un par de días...

— Sólo quiero su dirección — interrumpió Nik con impaciencia .

Y entonces se dio cuenta de que sonreía por primera vez en mucho tiempo. Por fin la había encontrado. Eso no significaba que tuviera intención de perdonarla, se dijo a sí mismo, apretando sus generosos labios en una expresión que habría hecho estremecerse a sus directores generales, porque Nik era un hombre duro, inflexible y testarudo, muy temido en el mundo de los negocios. Después de todo, Aryana le había abandonado. De hecho, era la única mujer que se había atrevido a dejarle, pero allí estaba, su Aryana, todavía vistiendo estampados florales y todavía con el pelo rizado y color caramelo, aunque sus ojos verdes estaban demasiado serios.

— No eres un huésped muy activo — comentó una voz desde el vestíbulo .

Era bajito, todo lo contrario que él, y rubio, mientras que Nik era moreno, pero Tristan

Glass había sido su amigo desde el colegio. Ambos habían nacido en familias griegas ricas, privilegiadas y selectas, aunque disfuncionales, y ambos habían sido enviados a un exclusivo internado en Inglaterra.
Nik cerró el portátil y miró a su amigo.
— ¿Esperabas otra cosa?
— Suena arrogante, incluso viniendo de ti — replicó Tristan .
— Ambos sabemos que aunque organizara una fiesta sin alcohol en una cueva, estaría abarrotada — comentó secamente, consciente de la importancia de su enorme riqueza.
— No sabía que habías organizado una fiesta para celebrar tu divorcio.
— No voy a celebrar mi divorcio, eso sería de mal gusto.
— No puedes engañarme — le advirtió Tristan .
El rostro delgado y fuerte de Nik era inexpresivo.
— Mi divorcio de Castaneda fue muy civilizado…
— Y ahora estás de nuevo en el mercado y rodeado de pirañas — dijo Tristan .
— No volveré a casarme — le aseguró con seriedad .
— Nunca es demasiado largo...
— De verdad.
El amigo no contestó e intentó quitarle importancia comentando:
— Al menos Castaneda sabía que Greco no era el nombre de un caballo de carreras.
Nik se tensó aún más. Tenía que admitir que este no había sido el momento más brillante de Aryana.
— No me extraña que te deshicieras de ella — continuó Tristan — . ¡Qué cabeza de repollo!
No respondió. No le gustaba desnudar su alma ni siquiera a sus mejores amigos.
En el garaje, Aryana revisaba la ropa y la bisutería que había comprado esa semana para vender en su tienda de ropa vintage. Los amontona para lavarlos, repararlos o limpiarlos antes de ponerlos a la venta. Mientras lo hacía, no paraba de hablar con su hijo:
— Eres el niño más mono y adorable del mundo, — le dijo a Bartolomé en tono cariñoso, mientras él movía las piernas y le sonreía.
Suspirando, Aryana estiró su dolorida espalda, pensando que al menos había empezado a perder los kilos que había ganado con el embarazo. El médico le había dicho que era normal, pero ella siempre había querido controlar su peso y sabía que engordar era mucho más fácil que adelgazar después. Y el problema era que, siendo una mujer bajita, de pechos y caderas generosos, sólo hacían falta unos kilos de más para que pareciera un barrilito.
Decidió que llevaría a todos los niños al parque infantil y pasearía a Bartolomé en su cochecito.
— ¿Quieres café? — preguntó Jasmine desde la puerta trasera.
— Sí, por favor, — respondió a su prima y compañera de casa.
Afortunadamente, no había estado sola desde que había redescubierto su amistad con Jasmine, a los cuatro meses de embarazo. Se habían conocido en el funeral de su tía en Yorkshire y había resultado que Jasmine también era madre soltera. Se había presentado en el entierro de su madre con un ojo morado y más moratones que un boxeador y le había contado a Aryana que vivía en una casa de acogida con sus gemelos. En aquel momento, Charlotte y Frederick tenían cinco años y habían

empezado a ir al colegio. Para todos ellos, mudarse a la pequeña ciudad donde Aryana había comprado una casa era un nuevo comienzo.
Y vivían bien, se dijo Aryana con firmeza, café en mano mientras escuchaba a Jasmine quejarse de la cantidad de deberes que tenía Charlotte, aunque el problema era que no se le daban bien las matemáticas. Aryana se decía a sí misma que la suya era una vida normal y corriente. Por supuesto que no había momentos de gran emoción, pero tampoco grandes dificultades.
Nunca olvidaría lo mucho que había sufrido durante su peor depresión. Aquel periodo de su vida casi la había destruido y aún se estremecía al pensar en la depresión que había sufrido. Al final, había hecho falta un acontecimiento extraordinario y aterrador para que empezara a ver la luz al final del túnel. Miró a Bartolomé con una sonrisa de satisfacción.
— No es sano querer tanto a un niño — le advirtió Jasmine con una mueca — . Los niños crecen y acaban por dejarte. Bartolomé es un niño precioso, pero no puedes construir toda tu vida en torno a él. Necesitas un hombre...
— En absoluto — contestó Aryana sin vacilar — . Y entonces, mira quién habla. Jasmine, delgada, rubia y de ojos azules, hizo una mueca.
— Tienes razón, pero yo no tengo las opciones que tienes tú — argumentó .
Si yo fuera tú, obviamente saldría con hombres.
Bartolomé agarró los tobillos de Aryana y se levantó muy despacio. Teniendo en cuenta que llevaba varios meses con las piernas escayoladas para corregir la displasia de cadera, era toda una mejora. Por un momento Aryana pensó en el padre del chico y no le gustó; no quería rememorar el pasado. Volver sobre los errores del pasado era contraproducente.
Jasmine miró a su prima con abierta frustración. Aryana Matthews era un verdadero imán para los hombres. Tenía el cuerpo de una Venus de bolsillo, una espesa melena de rizos color caramelo y una cara muy bonita, y su calidez y sex appeal hacían que gustara mucho al sexo opuesto. Intentaban ligar con ella en el supermercado, en un aparcamiento o en la calle, y si pinchaban una rueda se paraban a ofrecer su ayuda. Jasmine le habría tenido mucha envidia de no ser porque Aryana también era una mujer modesta y buena. Al igual que ella, había pagado caro el haberse enamorado del hombre equivocado.
Se oyó un fuerte golpe en la puerta.
— Voy yo — dijo Aryana, ya que Jasmine estaba planchando y ella odiaba planchar.
Frederick salió corriendo de la habitación y casi tropezó con Bartolomé, que se arrastraba detrás de su madre.
— ¡Hay un coche enorme en la calle! — gritó el niño.
Aryana pensó que era una furgoneta de la compra. Abrió la puerta y retrocedió bruscamente, sorprendida y asustada.
— Fue muy difícil encontrarte — murmuró Nik, muy confiado. El rostro de Aryana se tensó, sus ojos se abrieron de par en par.
— ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué querías encontrarme, si se puede saber?
Nik fijó en ella su oscura mirada. Aryana tenía veinticuatro pecas adornando su nariz y sus pómulos. Las había contado, así que lo sabía. El color de sus ojos, sus rasgos delicados y su boca generosa no habían cambiado un ápice, él seguía mirando la desgastada camiseta azul de algodón que le oprimía los pechos y no pudo evitar

desearla por primera vez en mucho tiempo.
Nik sintió más alivio que rabia, porque hacía demasiado tiempo que no se sentía así por una mujer, tanto que había temido que el matrimonio le hubiera robado toda su masculinidad. Aunque era el primero en admitir que ninguna mujer le había atraído como Aryana. En una ocasión, se la había llevado a Nueva York una sola noche porque no podía soportar pasar otra semana sin estar en la cama con ella.
Aryana estaba tan conmocionada, tan horrorizada por la presencia de Nik Giorgiou, que sentía como si tuviera los pies pegados a la alfombra. Lo miró, incapaz de creer que estuviera delante del hombre al que había amado, el hombre al que había pensado que nunca volvería a ver. El corazón le latía tan deprisa que tuvo que obligarse a recuperar el aliento e hizo una mueca de dolor cuando Bartolomé la devolvió a la realidad tirando de sus vaqueros hasta ponerla de pie.
— ¿Aryana? — Jasmine llamó desde la puerta de la cocina. ¿Quién es? ¿Pasa algo?
— No, nada — respondió, agachándose para coger a Bartolomé y observando a sus nietos que miraban a Nik como si fuera un extraterrestre — . ¿Puedes cuidar a los niños?
La voz le salió ronca y temblorosa y tuvo que obligarse a volver a prestar atención a Nik, mientras Jasmine cogía a Bartolomé en brazos y pedía a sus hijos que la acompañaran a la cocina, donde se encerraron los cuatro.
— Te pregunté qué hacías aquí y por qué venías a buscarme — recordó Aryana al inesperado visitante .
¿Mantenemos esta esperada reunión en la puerta? — preguntó Nik en voz baja.
— ¿Por qué no? — susurró, tratando de apartar la mirada de su hermoso rostro, recordando cuántas veces había pasado los dedos por su espesa cabellera castaña. ¡No tengo por qué pasar mi tiempo contigo!
Nik se quedó perplejo ante esta respuesta de una mujer que siempre le había respetado en el pasado y había hecho todo lo posible por complacerle.
— Eres muy grosero — dijo en tono frío .
Aryana se aferró con fuerza a la puerta mientras se preguntaba si él se había levantado sólo por ella. Nik era un hombre elegante, controlador y dominante, y ella no podía evitarlo. Aunque él no se diera cuenta, la vida le había mimado. La gente le adoraba y él hacía todo lo posible por ganarse su aprobación. Y ella también. Nunca se había enfrentado a él, nunca le había dicho lo que realmente sentía, siempre había tenido demasiado miedo de cometer un error y perderlo. Sólo una mujer muy ingenua podría haber evitado darse cuenta de que sería él quien decidiría dejarla.
Aryana se dio cuenta de que el vecino les observaba desde la valla del jardín y estaba lo bastante cerca como para oír la conversación.
— Será mejor que entre.
Nik entró en el diminuto salón con cuidado de no pisar los juguetes esparcidos por el suelo. Mientras apagaba el televisor, Aryana pensó con asombro que él ocupaba todo el espacio disponible. Era tan alto, tan fuerte, y ella había olvidado que su presencia siempre dominaba cualquier habitación en la que estuviera.
— Dijiste que era un maleducado — dijo, moviéndose para cerrar la puerta.
Le dio la espalda el mayor tiempo posible, preparándose para el efecto explosivo que su carisma tenía sobre ella. No le gustaba seguir sintiendo chispas cuando estaba con él. Nik era tan guapo que casi dolía mirarlo y Aryana no podía evitar recordarlo.

— Has sido un maleducado — dijo sin vacilar.
— Tenía derecho. Hace dos años te casaste con otra — le recordó Aryana, mirando por encima del hombro .
Estaba enfadada porque aún le dolía, pero, por desgracia, la realidad era que había sido lo bastante buena para acostarse con él, pero no lo bastante buena para ser su esposa.
— ¡No tenemos nada más que ver el uno con el otro!
— Estoy divorciado — murmuró Nik, porque nada estaba saliendo según lo planeado.
Era la primera vez que Aryana le atacaba; nunca se había atrevido a cuestionarle. Esta nueva Aryana le había cogido por sorpresa.
— ¿Y a mí qué me importa? — respondió rápidamente. Creo recordar que me dijiste que tu matrimonio no era asunto mío.
— Pero lo usaste como excusa para dejarme.
— ¡No necesitaba una excusa! Lo nuestro terminó cuando te casaste. Nunca te dije que continuaría…
— ¡Eras mi amante!
Las mejillas de Aryana se calentaron, como si acabaran de abofetearla.
— Eso es lo que era para ti. Estuve contigo porque me enamoré, no por las joyas, ni por la ropa, ni por el piso de lujo — explicó, nerviosa, enfadada .
— No tenías por qué irte. A mi mujer no le importaba que tuviera una amante — insistió Nik con impaciencia.
Aryana sintió ganas de llorar, se odiaba a sí misma y le odiaba aún más. Nik era tan insensible, tan egocéntrico, ¿cómo podía quererle y por qué la había buscado?
— A veces tengo la sensación de que hablas como un extraterrestre — dijo, controlando su ira y su dolor — . En mi mundo, los hombres honrados no se casan con una mujer y luego se acuestan con otra. Para mí no es aceptable, como tampoco lo es que tú te cases con una mujer a la que no le importa que te acuestes con otra. Me parece deprimente.
— Ahora soy libre — le recordó Nik, frunciendo el ceño y preguntándose qué le había pasado a Aryana para que cambiara tanto.
— No quiero ser descortés, pero me gustaría que te fueras — admitió .
— Ni siquiera escuchaste lo que quería decirte, ¿qué te pasa? — preguntó Nik.
— No quiero oír lo que quieres decirme. ¿Por qué debería? ¡Rompimos hace mucho tiempo!
— No rompimos... Te fuiste, desapareciste —, la contradice.
— Nik... me dijiste que tenía que abrir los ojos cuando me informaste de que te ibas a casar, y eso es exactamente lo que hice... Te obedecí, como siempre he hecho — murmura Aryana — . Abrí los ojos y eso significa que no quiero seguir escuchándote.
— No te reconozco.
— Es normal. Llevamos dos años sin vernos y ya no soy la misma persona —, le informó orgullosa.
— Quizá deberías mirarme a los ojos y repetirlo, — la retó Nik, dándose cuenta de que estaba muy tensa.
Aryana se sonrojó, finalmente se giró y se encontró peligrosamente con su oscura mirada. La primera vez que había visto esos ojos, Nik estaba enfermo, con fiebre alta, pero su mirada había sido igual de hipnótica. Tragó saliva con dificultad.

— He cambiado...
— No me convences — replicó él, mirándola fijamente y disfrutando de la electricidad que había entre ellos.
Vio que Aryana se tensaba de deseo y no necesitó saber más. Nada había cambiado, sobre todo la química entre ellos.
— Quiero que vuelvas.
Sorprendida, Aryana dejó de respirar, pero entonces comprendió que el matrimonio de Nik había fracasado y que a él no le gustaban los cambios en su vida privada. Por tanto, era natural que se reconciliara con su antiguo amante.
— En absoluto — respondió.
— Todavía te quiero, y tú me quieres...
— Tengo una nueva vida y no puedo renunciar a ella — murmuró Aryana — . Lo que teníamos... no funcionó ...
— Funcionó bien — contradice Nik .
— ¿Y tu matrimonio no? — preguntó con impotencia. Su expresión se volvió indescifrable.
— Puesto que estoy divorciado, claro que no. Lo que funcionaba era lo nuestro... — insistió, agarrándola de las manos.
— Depende de cómo definas — funcionar — — replicó Aryana, notando que le temblaban las manos y sudaba. No estaba contenta...
— Siempre has sido feliz — le aseguró Nik .
Intentó escapar, pero fracasó.
— No era feliz — repitió, estremeciéndose al respirar su inconfundible aroma, que casi había olvidado — . Por favor, déjame ir, Nik. Has perdido el tiempo viniendo aquí.
La besó con una urgencia y un deseo que Aryana no había olvidado, que la hizo estremecerse y sentir calor entre las piernas. Entonces oyó llorar a Bartolomé en la cocina y su sentido maternal la devolvió a la realidad.
Se volvió hacia él y le miró a esos ojos que le habían roto el corazón, luego le dijo lo que tenía que decirle:
— Por favor, vete, Nik...
Le vio subir a la limusina negra a través de la ventanilla, con las uñas clavadas en las palmas de sus manos. Casi sin intentarlo, Nik la había partido en dos y le había demostrado que no lo había olvidado por completo. Dejarlo ir había sido muy difícil y todavía había una parte de ella que quería traerlo de vuelta, pero sabía que era inútil, porque Nik se pondría furioso si se enteraba de que Bartolomé era su hijo.
Aryana lo había comprendido desde el principio, desde el momento en que se había quedado embarazada accidentalmente y había decidido tener un hijo con un hombre que sólo la quería por su cuerpo. Nik nunca la habría apoyado ni comprendido. A las pocas semanas de estar con ella ya le había dicho que si se quedaba embarazada lo consideraría un desastre y su relación terminaría, así que Aryana no podía decir que no se lo había advertido. Al final había decidido que si Nik no se enteraba, ella no sufriría. Y tenía tanto amor para dar que estaba segura de que Bartolomé no echaría de menos tener un padre.
O eso pensaba... hasta que nació Bartolomé y empezó a preguntarse si había tomado la decisión correcta. Había habido momentos en los que se había sentido culpable y se había preguntado si había sido la mujer más egoísta del mundo por decidir tener un

hijo que nunca tendría padre, y cómo reaccionaría el niño cuando creciera y se lo contara todo.
¿La habría despreciado Bartolomé un día que se enteró de que sólo había sido la amante de Nik? ¿Se habría enfadado porque ella había crecido en un ambiente pobre a pesar de tener un padre rico? ¿La habría culpado por haberlo traído al mundo en esas condiciones?

Capítulo 2

Aryana enterró la cara en la almohada y lloró por primera vez en dos largos años, otra vez por Nik. Cuando hubo sacado todo el dolor y otras emociones identificables, Jasmine se sentó a un lado de la cama y le acarició el pelo para consolarla.
— ¿Dónde está Bartolomé? — preguntó en un susurro.
— Lo puse a dormir.
— Lo siento — tartamudeó Aryana, levantándose de la cama para ir al baño a lavarse la cara con agua fría.
Cuando reapareció, Jasmine la miró fijamente.
— Fue él, ¿no? ¿El padre de Bartolomé?
Aryana no podía ni hablar, así que se limitó a asentir.
— Es guapísimo — comentó Jasmine — . No me extraña que te enamoraras de él. Y vino en limusina. Dijiste que se ganaba la vida, pero ¿no dijiste que era rico?
— Es rico — confirmó Aryana a regañadientes — . Y me dolió mucho volver a verlo.
— ¿Qué quería?
— Algo que no conseguirá.
Lo último que Nik había imaginado era que Aryana lo rechazaría. Después de encargar a dos de sus hombres de seguridad que vigilaran la casa para asegurarse de que ella no volvía a desaparecer, se le ocurrió que podía haber otro hombre en su vida. La idea le enfureció tanto que no pudo pensar con claridad durante varios minutos. Por primera vez se preguntó cómo se habría sentido Aryana cuando le habló de Castaneda. No le gustaba complicar las cosas con las mujeres, pero esta se lo estaba poniendo difícil.
Se preguntó cómo podía haber pensado que su reacción sería diferente. Aryana le había pedido que se fuera. Se había enfadado con él. Le había reprochado que se casara con otra mujer. Nik se pasó los dedos por el pelo, frustrado: ¿no se le había ocurrido que podría casarse con ella? Él era el cabeza de familia desde que su abuelo enfermó, y siempre había sido su papel y su responsabilidad mantener unido al clan Giorgiou, aristocrático, conservador y extremadamente rico. De niño se había prometido no cometer los mismos errores que su padre. Su bisabuelo había tenido una amante, al igual que su abuelo, pero su padre había sido menos convencional. Richiardo Giorgiou se había divorciado de su madre para casarse con la amante, en un acto de total deslealtad hacia su propia sangre. La unidad familiar nunca se había recuperado de aquel golpe y su padre había perdido todo el respeto. La madre de Nik había muerto y él y sus hermanas habían tenido una infancia difícil, mientras que Richiardo casi había llevado a la quiebra el negocio familiar para satisfacer los caprichos de su segunda esposa.
En cualquier caso, si Aryana se acostaba con otro, pronto se enteraría, se dijo Nik entre dientes apretados. Veinticuatro horas más tarde recibiría el informe de Investigaciones Wilkinson. Por desgracia, no era un hombre paciente y había supuesto que Aryana se arrojaría a sus brazos cuando supiera que estaba divorciado. ¿Por qué no lo había hecho?

Su reacción cuando la había besado había sido... ardiente. Nik se excitó sólo de recordarlo y su libido y su cerebro le decían claramente qué y a quién necesitaba en su vida. Se preguntó si debía enviarle flores. A Aryana le encantaban las flores y él había sido un egoísta al no comprarle una casa con jardín. En cualquier caso, Aryana era la primera mujer que lo había rechazado en su vida. Nik sabía que podía tener a la mujer que quisiera, pero eso no lo consolaba, lo único que quería era que Aryana volviera a donde pertenecía: su cama.

Tras una noche dura, Aryana se levantó al amanecer, desayunó con sus tres hijos y puso orden en casa. Sólo pasaba tiempo con Jasmine los fines de semana. Durante la semana llevaba a los niños al colegio, para que Jasmine, que trabajaba de noche como camarera en un pub, pudiera dormir un poco más. Llevaba a Bartolomé al trabajo y Jasmine lo recogía a la hora de comer y pasaba la tarde con los tres niños. Cuando Aryana cerraba la tienda, cenaban temprano y luego Jasmine se iba a trabajar. El sistema les venía bien a los dos y a Aryana le gustaba vivir con Jasmine y disfrutar de su compañía. Los dos años que había pasado en un piso de la ciudad, donde sólo Nik venía a visitarla de vez en cuando, habían sido un poco solitarios.

Aunque había aprovechado bien su tiempo y había obtenido varios certificados de secundaria y bachillerato, además de haber realizado varios cursos de cocina, decoración floral y creación de empresas. Nik nunca había oído hablar de ella, ni había mostrado el menor interés por lo que hacía cuando él no estaba. Sin embargo, la autoestima de Aryana se había visto reforzada por el hecho de haber recuperado el tiempo perdido en educación mientras cuidaba de su abuela. Al fin y al cabo, cuando había conocido a Nik, trabajaba de limpiadora porque no tenía la cualificación necesaria para optar a un empleo mejor.

Mientras guardaba las joyas en la vieja cómoda que había comprado con este fin, pensó en su pasado. A diferencia de Nik, no tenía un árbol genealógico completo, o si lo tenía, no lo sabía. Su madre, Louise, era hija única y había tenido una adolescencia muy complicada. La única que le había hablado de ella había sido su malvada abuela, así que sabía que debía tomarse toda la información con pinzas. Aryana no recordaba a su madre y no tenía ni idea de quién era su padre, aunque sospechaba que podría llamarse Aryana.

La abuela y la madre de Aryana habían vivido separadas durante mucho tiempo antes de que Louise se presentara en casa de sus padres con Aryana en brazos. El abuelo había convencido a la abuela para que la dejara pasar una noche con ellos, una decisión de la que la abuela se había arrepentido toda su vida, porque a la mañana siguiente habían descubierto que Louise había desaparecido y había dejado allí a la niña.

Por desgracia, su abuela nunca la había querido ni cuidado, aunque había recibido un subsidio de los servicios sociales para criarla. Su abuelo había sido más cariñoso, pero había bebido demasiado y no siempre había podido cuidar de ella. Aryana había pensado a menudo que su infancia era la principal razón por la que siempre había sido tan debilucha con Nik. Su deseo por ella y su aparente necesidad de cuidarla era lo más parecido al amor que Aryana había conocido. Así que, aunque nunca se lo había dicho, había sido feliz con él porque se había sentido querida... hasta el horrible día en que Nik le había dicho que tenía que casarse y tener un hijo por el bien de su familia y de su imperio.

El hecho de que ni siquiera hubiera pensado en ella como candidata a recibir su anillo había hecho que Aryana se sintiera triste y humillada. Empezó a poner precio a los nuevos artículos mientras Bartolomé dormía plácidamente en la cuna de viaje al fondo de la tienda. Aryana atendía a los clientes que venían a comprar y sólo un mes antes había contratado a su primera empleada, Bárbara, que era polaca y trabajaba las horas en las que ella no podía estar. El negocio iba bien y Aryana se sentía segura. Siempre le había gustado la ropa vintage y sólo vendía prendas de calidad. Poco a poco, se había hecho con una clientela fija.
Nik salió de la limusina mientras el conductor discutía con un policía de tráfico y el equipo de seguridad bajaba del vehículo detrás de él. Miró la fachada de la tienda, adornada con el nombre Aryana s Vintage, y frunció el ceño. Era imposible que Aryana hubiera abierto una tienda, pero tenía la prueba delante de sus narices. Sacudió la cabeza con arrogancia, pensando que las mujeres eran seres extraños e impredecibles, y se preguntó si realmente había conocido a Aryana tan bien como creía, porque nada de lo que había dicho o hecho hasta entonces había estado en su lista de posibles reacciones. Frunció aún más el ceño. Tenía proyectos muy importantes que llevar a cabo, gente a la que ver, y, sin embargo, allí estaba ella.
Jasmine y Bárbara llegaron a la tienda casi simultáneamente. Jasmine puso a Bartolomé en el cochecito y preguntó a Aryana qué quería cenar, mientras Bárbara envolvía la compra de un cliente. Entonces entró Nik y la mente de Aryana se quedó en blanco y fue incapaz de contestar a su prima.
Iba vestido con un elegante traje gris oscuro y tenía un aspecto tan encantador que la dejó sin aliento. La camisa blanca resaltaba su piel bronceada. Aryana sintió calor entre los muslos y los apretó con fuerza mientras se sonrojaba. También sintió que se le hinchaban los pechos y se le endurecían los pezones. La reacción la horrorizó.
— Aryana — la saludó con voz aterciopelada, como si su presencia fuera lo más normal del mundo.
— Nik... — murmuró — ¿Qué haces aquí?
— No eres tonta, así que no te hagas daño — le aconsejó, mirando a su alrededor — . Veo que has abierto una tienda...
— Me abandonaste — escupió, incapaz de contener su amargura .
Al fin y al cabo, ésa era la realidad. Él la había dejado para casarse con otra mujer.
— No podemos hablar aquí. Nos pondremos al día en mi hotel mientras comemos — decidió Nik, cogiéndola del brazo.
— Si no me sueltas, te abofeteo — amenazó entre dientes. Sus ojos brillaron, como si quisiera ponerla a prueba.
— ¿Vamos a comer?
— No tenemos nada que decirnos — replicó Aryana, dándose cuenta de que él seguía sujetándola del brazo, obligándola a permanecer a su lado.
Sonrió y se quedó mirando sus labios rosados.
— En ese caso, puedes escucharme... Aryana sintió un cosquilleo en el estómago.
— No quiero hablar contigo y no quiero escucharte...
— Qué difícil es.
Entonces Nik hizo algo que Aryana nunca habría imaginado hacer en público. Se agachó, la cogió en brazos y se dirigió a la puerta.
— ¡Suéltame, Nik! — le gritó, levantándole el vestido floreado que se había puesto.

¿Te has vuelto loco?
Miró a las dos mujeres que estaban detrás del mostrador y les explicó:
— Voy a llevar a Aryana a almorzar. Volverá en un par de horas.
— ¡Nik! — gritó Aryana al ver reír a su primo.
El conductor abrió la puerta de la limusina y Nik la deslizó en la parte trasera de la limusina sin ninguna preocupación.
— Deberías haber sabido que no me quedaría ahí discutiendo contigo, con público y todo — dijo — . En cualquier caso, se me ha acabado la paciencia y tengo hambre.
Se subió la falda con movimientos bruscos y furiosos.
— ¿Por qué no volviste ayer a Londres?
— Deberías saber que tu negativa me hizo reafirmarme en mi decisión. Aryana ensanchó sus ojos verdes y replicó:
— ¿Cómo voy a saberlo, si es la primera vez que digo que no?
Para su consternación, Nik estalla en carcajadas.
— Te he echado de menos, Aryana.
Volvió la cara, sorprendida y dolida por aquella afirmación.
— Te casaste con otro. ¿Cómo pudiste echarme de menos?
— No lo sé, pero yo sí — le aseguró — . Tú formaste parte de mi vida.
— No, yo sólo era un cajoncito en tu enorme armario — respondió ella — . Nunca formé parte del resto de tu vida.
A Nik le sorprendió aquella afirmación. La había llamado dos veces al día, todos los días, estuviera donde estuviera, estuviera ocupado lo que estuviera, porque su conversación animada y alegre siempre había sido un respiro para él. La verdad era que nunca había tenido una relación tan estrecha con ninguna otra mujer. Había confiado en ella y siempre había sido sincero, lo cual era muy raro entre dos personas solitarias, al menos en su mundo. Sin embargo, empezaba a darse cuenta de que lo único que le importaba a Aryana era que se hubiera casado con Castaneda. Aryana, que nunca había sido celosa, lo había sido de Castaneda, y eso no le gustaba.
Desde niño, Nik había aprendido a no dejarse llevar por sus emociones, porque sabía que sólo complicaban las cosas. Siempre le había parecido mejor la calma y el sentido común, en todos los aspectos de su vida, no sólo con Aryana. Sin embargo, el pasado estaba en el pasado y no podía cambiarlo, y la vida le había enseñado que, con suficiente dinero, energía y determinación, podía conseguir lo que se propusiera.
Sin embargo, Aryana no era una persona práctica, siempre se dejaba llevar por las emociones, y quizá eso era lo que le atraía tanto. Vio que estaba enrojecida de rabia y quiso hacerla caer de espaldas en su asiento y demostrarle que había respuestas mucho más satisfactorias. El sexo con ella era increíble. Sólo pensarlo le excitaba. Estar a su lado sin poder tocarla ni hacerla suya no sólo era extraño, sino una dulce tortura.
— Quiero que vuelvas conmigo — dijo — . Te he estado buscando desde que desapareciste.
— A tu mujer le habrá encantado.
— Deja a Castaneda fuera de esto...
A Aryana le dolía incluso oír su nombre. Sabía que era demasiado sensible. Hacía dos años que Nik se había casado con otra mujer y tenía que superarlo. El hombre le había roto el corazón.

— No puedo creer que estés perdiendo el tiempo con esto, — admitió de repente, — ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué quieres volver a verme? No tiene sentido, ¡para ninguno de los dos!
Nik estudió su rostro y se preguntó qué era lo que le gustaba tanto de ella. No era una belleza al uso. Tenía la nariz respingona y los ojos y la boca demasiado grandes. Además, cuando salía de la ducha, tenía el pelo hecho un desastre.
— Deja de mirarme así — le pidió Aryana.
— ¿Cómo?
— Como si... aún lo supiera — replicó ella, bajando los ojos .
— ¿Cómo si aún quisiera estar dentro de ti? — respondió. Es la verdad, no puedo pensar en otra cosa en este momento…
— No necesitabas saber eso, Nik. Fue un comentario muy inapropiado...
Le pasó un dedo por el dorso de la mano.
— Al menos fui honesto, a diferencia de ti…
— ¡No voy a volver contigo! — le interrumpió ella en voz alta. Ahora tengo otra vida...
— ¿Y otro hombre? — preguntó Nik.
Y Aryana decidió utilizar esta excusa como salvavidas.
— Sí, hay alguien más. Nik se tensó.
— Háblame de él.
Aryana pensó en su hijo.
— Es una persona muy importante para mí y nunca haría nada que le hiciera daño.
— Haré todo lo posible por tenerte de vuelta — le advirtió .
La limusina se detuvo frente a su hotel y el conductor se apeó para abrirles la puerta. Nik pensó en ese momento que no era tan respetuoso de la ley como había creído, ya que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar a Aryana.
— ¿Hay alguna razón por la que no puedas permitirme ser feliz sin ti? — preguntó ella, mirándole fijamente. Creo que siempre he hecho lo correcto.
Estaba furioso. Si Aryana estaba con otro hombre, tendría que deshacerse de él, porque ella no podía tener la misma química con otro hombre que con él. Aryana siempre había sido suya y sólo suya.
Caminaban por el vestíbulo del lujoso hotel cuando una voz familiar llamó a Aryana, que se quedó helada y se dio la vuelta, sonriendo. Un hombre alto y rubio ya se acercaba a ellas, vestido con ropa informal pero muy cara.
— Baker, ¿cómo estás? — preguntó Aryana en tono amistoso.
— Necesito darle una dirección — dijo metiéndose la mano en el bolsillo — . ¿Tiene usted un bolígrafo?
Se dio cuenta de que se había dejado la bolsa en la tienda. Miró a Nik.
— ¿Un bolígrafo?
Este, que no estaba acostumbrado a no participar en una conversación, sacó del bolsillo un bolígrafo dorado.
Baker lo cogió y escribió una dirección en el reverso de una tarjeta de visita.
— Estoy seguro de que te gusta lo que hay y no es muy caro. El vendedor sólo quiere deshacerse de todo.
Ignorando la realidad de que Nik estaba a su lado como una columna, Aryana sonrió al otro hombre.
— Gracias, Baker.

La miró con aprecio y añadió:
— ¿Qué tal si te invito a comer un día de estos?
Nik pasó el brazo por los hombros de Aryana.
— Desafortunadamente, está ocupado.
Aryana se sonrojó, pero siguió sonriendo.
— Me encantaría, Baker. Llámame — sugirió, sabiendo que sólo lo hacía porque Nik estaba frente a él y sintiéndose culpable por ello.
— ¿De qué estabas hablando? — preguntó Nik cuando entraron en el ascensor.
— Baker es anticuario y me avisa cuando hay rebajas. Conozco a varios anticuarios, de hecho así es como empecé mi negocio — , explica orgulloso.
— Puedes abrir una tienda en Londres. Te pagaré por ello — , propuso Nik con seriedad.
Aryana no pareció impresionada por la oferta.
— Bueno, de una forma u otra has pagado por esto y también por mi casa, así que no creo que sea justo que pagues más.
— ¿De qué estás hablando?
— Vendí una de las joyas que me diste por dinero. Nik frunció el ceño.
— Me devolviste todo lo que te di.
— No, guardé algo. Tu primer regalo — me explicó Aryana — . No tenía ni idea de cuánto valía y seguro que me sorprendió.
— ¿Qué fue eso?
Nik ni siquiera recordaba el primer regalo que le había hecho y habría jurado que Aryana se había marchado sin llevarse nada.
— Me sorprende que no sigas arruinada. Apenas me conocías y te has gastado una fortuna en un colgante de diamantes — criticó — . Era suficiente para comprarme una casa y abrir una tienda. No podía creer que valiera tanto.
Nik abrió la puerta de su habitación y recordó el regalo. Lo había comprado después de pasar la primera noche con ella y le enfurecía pensar que Aryana lo había vendido, como si no significara nada para ella.
— No puedo creer que haya otro hombre en tu vida.
— No voy a volver contigo — se disculpó Aryana — . ¿Por qué iba a querer una tienda en Londres? Aquí soy feliz. Y, lo creas o no, hay hombres dispuestos a llevarme a un restaurante en lugar de esconderme en su habitación.
Fue un golpe muy directo y Nik se blanqueó.
— Estábamos en mi habitación porque teníamos que hablar en privado. Aryana sonrió.
— Quizás hoy, Nik, pero en dos años, nunca me has llevado a un lugar público. Podrías haber estado casado desde el principio. Yo no era más que un sucio secreto en tu vida.
— Esto no es cierto.
— Ya no vale la pena hablar del pasado — decidió .
— Claro que sí... Quiero que vuelvas conmigo — insistió Nik.
Llamaron a la puerta e hizo una mueca de exasperación. Eran dos camareros que llegaban con un carrito de comida.
Aryana se cruzó de brazos y pensó en el caballo de carreras favorito de su abuelo, Greco, y en cómo había aprendido cuatro años antes, que también era el nombre de un artista. Recordó su metedura de pata y volvió a avergonzarse. Por desgracia, la única vez que Nik la había llevado con sus amigos, Aryana había hecho el ridículo… y con él.

Aunque Nik no se había enfadado ni la había criticado por ello, había intentado no hablar del incidente. Sin embargo, Aryana era consciente de que le había avergonzado en público y, sobre todo, había dejado claro que pertenecían a dos mundos completamente distintos.
Por eso nunca se había quejado de que Nik la excluyera de su vida social. Aryana se entristeció al recordar lo ingenua que había sido en los primeros meses de su relación, antes de darse cuenta de que no era la novia de Nik, sino su amante, poco más que un entretenimiento que nunca sería tomado en serio.
— Estás demasiado callada. No estoy acostumbrado a que estés tan callada conmigo — confesó Nik, cada vez más frustrado, apoyando las manos en los hombros de Aryana y masajeándolos. Háblame, Aryana. Dime lo que quieres.
Sintió el calor de sus manos extenderse por su espalda y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apoyarse en su cuerpo y refugiarse en él. Se despegó de él y se dejó caer en un sillón frente a la mesa con la comida. Que Nik le pidiera que hablara con él era inusual, era un hombre al que no le gustaban las conversaciones serias y trataba de evitar los momentos de tensión emocional.
— No tenemos nada de que hablar — respondió .
Comenzó a comer con un apetito repentino, encontrando una excusa para no mirar a Nik. Nik, uno de los hombres más bellos del mundo. Un hombre que estaba fuera de su alcance. Era rico y exitoso, guapo y elegante, culto y de familia de pedigrí. Si hubiera comprendido todo esto desde el principio, nunca habría tenido nada que ver con él y él nunca le habría hecho daño.
— ¿De verdad hay otro hombre? — preguntó Nik en voz baja.
Se quedó pensativa y se sonrojó cuando sus ojos se encontraron con los de él. Tomó aire y fingió mentir, pero no pudo.
— No — admitió a regañadientes — , pero nada cambia.
— En este caso, los dos somos libres — murmuró Nik, llenando su copa de vino .
— No voy a volver contigo — le aseguró Aryana, dando un sorbo a su vaso .
Pensó en el sabor del vino y se preguntó si Nik se reiría si le decía lo que le sugería. Después de todo, había hecho un curso de cata y nunca había tenido la oportunidad de demostrar lo que había aprendido.
— Pero estábamos bien juntos.
Aryana negó con la cabeza, muy seria.
Nik dio un sorbo a su vino y se quedó mirándola. Llevaba un vestido verde claro y una blusa floreada que nada tenía que ver con la moda del momento, pero los colores y las líneas eran elegantes. Cuando se había sentado, la falda le había ceñido el trasero y Nik se tensó de deseo. Se había preguntado cómo podía tentar a una mujer tan poco ambiciosa. Ella no quería su dinero, nunca lo había querido, y una vez le había dicho que ni siquiera necesitaba un yate, porque nunca tendría tiempo de usarlo. Y era cierto, el yate le costaba una fortuna y estaba amarrado en Southampton.
Los camareros volvieron para servir el plato principal. Aryana notó que la miraban con curiosidad. A estas alturas, todo el personal del hotel debía de saber quién era Nik, Nikos Giorgiou, el multimillonario del petróleo mundialmente famoso. La prensa lo adoraba porque llevaba una vida de rico y salía bien en las fotos. Castaneda también había sido muy fotogénica, con su inmaculado pelo rubio, sus rasgos perfectos y su cuerpo esbelto. A su lado, Aryana habría parecido gorda, bajita y enclenque. Sólo tuvo

que ver la primera fotografía de la otra mujer para darse cuenta de que físicamente no había comparación.
Nik intentó rebajar la tensión hablando de sus recientes viajes por el mundo. Ella le hizo algunas preguntas sin importancia sobre un par de empleados suyos que había conocido.
Mientras comían el postre, una deliciosa mezcla de bayas frescas y merengue, él le preguntó si aún tenía el piso.
— No, ya no.
Aryana dio por sentado que eso significaba que no había puesto a otra mujer en su lugar, se sintió aliviada y tuvo que beber vino y obligarse a pensar en otra cosa. Ya no era asunto suyo con quien se acostaba. Desde que Nik se había casado con Castaneda, él la había sustituido en todo. Nik había elegido a Castaneda para sentarse a la mesa del comedor en su hermosa casa griega, que ella nunca había visitado. Nik había decidido salir en público con Castaneda porque habían sido una pareja de verdad y era obvio que quería que ella fuera la madre de sus hijos…

Capítulo 3

El dolor de aquella realidad la traspasó y, de repente, no pudo soportarlo más. No queriendo seguir pareciendo civilizada, puso ambas manos sobre la mesa y se levantó bruscamente.
— ¡No puedo hacer eso! — ¡Quiero irme a casa ya! Sorprendido, se levantó también, con el ceño fruncido y curiosidad en la cara.
— ¿Qué te pasa?
— ¡Cómo puedes hacerme semejante pregunta dadas las circunstancias! — exclamó Aryana — , nunca quise volver a verte. Nunca quise volver a verte; ¡no quiero que nada me recuerde el pasado!
— Aryana... — murmuró Nik, agarrándola por los hombros temblorosos y mirándola a los ojos. Cálmate...
— No puedo... No soy como tú... Nunca lo fui. ¡No se me da bien fingir!
Respiraba con dificultad, tenía ganas de llorar y eso la aterrorizaba, porque en el pasado siempre había conseguido ocultar sus crisis emocionales a Nik y estaba orgullosa de cómo se había controlado a pesar de lo mucho que había sufrido.
— No deberías estar aquí... Deberías haberme dejado en paz, con mi nueva vida.
Nik se pasó un dedo por el labio inferior.
— Lo haría si pudiera, pero tenía que volver a verte.
— ¿Por qué?
— Porque cuando te fuiste, no habíamos terminado.
Aryana se sintió herida y frustrada.
— ¡Claro que habíamos terminado, te ibas a casar con otro! — le recordó.
— Necesitaba volver a verte para ver si todavía te quería — explica Nik, cogiéndole la cara con ambas manos — . Y la respuesta es sí.
Aryana apartó bruscamente la cara de sus manos.
— Esto no significa nada.
— ¡Significa mucho más para mí de lo que crees! — rugió Nik, perdiendo la paciencia por encontrarse en una situación desconocida.
— ¡No lo suficiente para cambiar las cosas! — replicó Aryana, conteniendo el impulso de correr hacia la puerta como una niña asustada.
Nik la cogió en brazos con un movimiento rápido y la miró fijamente con sus ojos oscuros.
— Es más que suficiente para los dos, — la contradijo, sorprendido de que Aryana siguiera apartándolo, cuando normalmente era él quien tenía que quitarse a las mujeres de encima.
— ¡Suéltame!
— No. No quiero que vuelvas a desaparecer, no puedo dejar que vuelvas a hacer algo tan estúpido.
— No puedes obligarme a hacer algo que no quiero hacer…
— ¿Y si es algo que quieres hacer? — respondió con picardía, ladeando la cabeza

para pasarle la lengua por los labios.
Sorprendida, Aryana retrocedió, pero el cálido aliento de Nik le acarició la mejilla y sus labios chocaron contra los suyos, impidiéndole respirar. Los labios de Nik eran suaves y la besaban con una dulzura inusual, y Aryana no pudo evitar levantar la barbilla para pedir más.
Nik sonrió contra su boca. La deseaba más de lo que nunca había deseado nada ni a nadie, y lucharía por ella porque sabía que le devolvería el oasis de paz que necesitaba en su vida privada. Le pasó una mano por la espalda y le agarró la cintura con la otra. Le mordisqueó el labio inferior y volvió a besarla. Pasó los dedos por su pelo rizado y profundizó el beso.
Los pechos de Aryana chocaron contra la sólida pared de su torso. Le costaba respirar y la bombardeaban una serie de sensaciones que se había obligado a olvidar. Había olvidado lo cariñoso que podía ser Nik y su corazón latía con fuerza porque hacía demasiado tiempo que no estaba con un hombre, demasiado tiempo que no se permitía ser la mujer apasionada que era.
Nik deslizó la lengua entre los labios de ella y profundizó el beso mientras apretaba las caderas contra el cuerpo de Aryana, que podía ver lo excitado que estaba Nik a pesar de su ropa.
Aryana notó que Nik tiraba de ella hacia arriba, pero estaba tan embelesada por sus besos que lo ignoró. Nik era mucho más embriagador que el vino y había hecho que la cabeza de Aryana diera vueltas. Sintió que su espalda tocaba una superficie suave y Nik levantó su cabeza morena, la miró fijamente y dijo:
— La corbata me está ahogando.
Y tiró de la camisa y del cuello, haciendo saltar el primer botón.
Era típico de él evitar un momento cargado de emociones. Sin embargo, Aryana le miró y no pudo pensar en otra cosa. La fuerza de la pasión la envolvió. Nik se quitó la chaqueta y le quitó los zapatos.
— No puedo dejarte ir otra vez.
— Tenemos que... no podemos... — susurró con la respiración contenida, dándose cuenta de repente de que estaba tumbada en una cama.
— Bésame — le pidió — . Bartolomé, cómo me gusta tu boca…
— Sólo un beso más — , se dijo Aryana, notando que su cuerpo volvía a la vida tras un largo periodo de sueño. El sabor de Nik era delicioso. Aryana agarró sus fuertes bíceps y lo besó en el cuello, chupando la sal de su piel. Nik se aferró a ella y el peso de su cuerpo y el olor de su piel le devolvieron al pasado.
Nik se tumbó de lado para quitarle la chaqueta y bajarle la cremallera del vestido. Se lo bajó y acarició sus maravillosos pechos con una pasión que ya no podía controlar.
El sensual hechizo se rompió cuando Nik le quitó el sujetador y le cogió los pechos con ambas manos para acariciarle los pezones endurecidos y luego ahuecárselos con la boca. Ella no podía quedarse quieta. En el fondo sabía que se arrepentiría, pero no podía reaccionar, no podía controlar la fuerza del deseo que sentía.
Nik acarició con pericia el triángulo de encaje entre sus muslos y ella gimió. La besó salvajemente y Aryana le clavó las uñas en la espalda. Nik siguió atormentándola con sus caricias.
— ¡Deja de bromear, Nik! — dijo de repente.
Sonrió, rió contra sus labios y recordó que era la única mujer que le había hecho reír en

la cama. Probablemente, también era la única mujer capaz de reducirlo al nivel juvenil, de querer acostarse con la mitad de la ropa puesta.
Aryana arqueó la espalda y descubrió que Nik ya estaba listo para penetrarla, y lo hizo. Ella gimió, echó la cabeza hacia atrás y arqueó aún más la espalda. Nik empezó a moverse dentro de ella, cada vez más rápido, hasta que un intenso clímax sacudió todo su cuerpo.
Un par de segundos después de saciarse, Nik se tranquilizó, salió de la cama, cogió la poca ropa que se había quitado y se dirigió al cuarto de baño. Se sentía indignado y conmocionado por la intensidad de su propio deseo. Sin duda Aryana era especial, maravillosa en la cama, pero nada más. Nadie sabía mejor que él que cualquier forma de apego ponía en peligro el poder de un hombre. Podía mantener las distancias con ella si quería, y podía vivir muy bien sin ella. Aryana era un capricho, no una necesidad.
Se quitó la ropa que le quedaba y se duchó. Con las manos apoyadas en los azulejos de la pared, mientras intentaba recuperar el control, por su mente pasaron imágenes del peor día de su vida. Desear o necesitar demasiado a una mujer era debilidad y locura; disfrutar del buen sexo era normal, y eso era lo que acababa de hacer.

Capítulo 4

Como si acabara de tener un accidente, Aryana se levantó para sentarse en la cama hecha pedazos. Parpadeó y se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir, odiándose tanto que le dolió. Angustiada, intentó enfrentarse a su propia traición. Nik ya no la creería cuando le dijera que quería que la dejara en paz.

¿Cómo pudo haber hecho eso? Sólo podía pensar en Bartolomé, ¿cómo había podido tener tan poco amor propio? ¿Tanto había echado de menos el sexo? Se metió en la ropa interior con manos temblorosas. La puerta del baño se abrió y ella se quedó quieta un momento, luego recogió su ropa avergonzada.

— Yo no planeé nada de esto — le dijo Nik .

Siguió poniéndose el sujetador para evitar mirarle. Le sorprendió que no hubiera una sonrisa triunfal en su rostro, porque había ganado y a Nik le gustaba ganar mucho más que a la mayoría de la gente.

— No me lo creo — respondió mientras se volvía a poner la ropa .

Sabía lo manipulador y taimado que podía ser.

— Déjame ayudarte — dijo, extendiendo la mano para subirle la cremallera del vestido .

Quiso abofetearle, pero pensó que sólo conseguiría humillarla aún más.

— No tenía intención de hacerlo — repitió Nik .

— Está bien, tú no lo planeaste — repitió Aryana, poniéndose los zapatos .

Quería darse una ducha, pero necesitaba desesperadamente salir de su presencia e ir a casa con su hijo.

— La semana que viene cumples 25 años — comentó .

— Veintitrés , le corrige.

Nik la miró sorprendido.

Veinticinco...

— Te mentí cuando nos conocimos — admitió Aryana — . Me dijiste que no salías con adolescentes y yo tenía diecinueve, así que me puse dos años más.

La miró con incredulidad.

— ¿Me mentiste? ¿Sólo tenías diecinueve años?

Aryana asintió y se encogió de hombros.

— ¿Qué diferencia hay ahora?

Contuvo una réplica airada y apretó los labios. Había confiado ciegamente en ella y su sinceridad le había desarmado. Además, no le gustaba haberse acostado con una adolescente sin darse cuenta. Entonces tenía veintiséis años y era mucho más hábil que ella en la cama.

— Llámame un taxi — pidió — . Quiero irme a casa.

— Aún no hemos llegado a un acuerdo…

— Y no lo haremos — interrumpió Aryana — . Lo que acaba de ocurrir fue un accidente, un error... llámalo como quieras, pero eso no significa que las cosas vayan a cambiar.

Aryana pensó que Nik protestaría, pero permaneció en silencio. Le dolía ver lo rápido que había pasado de perseguirla a mostrarse indiferente. Pero no debería haberla sorprendido. Después de todo, Aryana nunca se había dado cuenta de que él estaba interesado en ella.
— Volverás en la limusina — dijo — . Tengo que trabajar para recuperar el tiempo perdido. Dentro de una hora vendrá un equipo a trabajar conmigo. Te llamaré mañana.
Aryana negó con la cabeza.
— No tiene sentido. Déjame en paz. Tú sigue tu camino y yo el mío. Es la única opción sensata después de todo este tiempo.
Nik se enfureció al ver a Aryana tan fría.
— Empiezas a ofenderme — admitió con esa desconcertante sinceridad que a veces utilizaba para desplazar a su oponente .
Sacó su teléfono y habló en griego.
— Será mejor que te vayas ahora y pienses bien lo que quieres hacer. Aryana se sonrojó.
— Ya lo he pensado...
— Si me voy, no volveré nunca — le advirtió Nik . Piénsatelo bien antes de decirme lo que quieres.
Estaba consternada. Quería que Nik se fuera y la dejara en paz, claro que sí. No tenía ninguna duda. Tenía que proteger a Bartolomé, porque Nik se pondría furioso si se enteraba de su existencia. Su familia era muy tradicional y conservadora y no le gustaban los niños nacidos fuera del matrimonio. Aryana sabía que el padre de Nik había tenido un hijo ilegítimo con su amante, la hermanastra de Nik, a quien la familia de Nik no reconocía ni aceptaba en su círculo íntimo.
Se dio cuenta de que Nik empezaba a entrar en razón e intentó sentirse aliviada, pero entonces él la acompañó hasta el ascensor y se dio la vuelta, y ella no pudo sentirse bien con lo que acababa de pasar. Estaba hecha un desastre, por dentro y por fuera, ni siquiera se había peinado. En el espejo del ascensor vio a una mujer con los labios hinchados, despeinada y con aspecto culpable. ¿Podría echarle la culpa al vino? ¿A la falta de sexo? ¿A los recuerdos? ¿O tenía una debilidad llamada Nik Giorgiou? Y, sin querer, empezó a recordar la primera vez que lo había visto.
El abuelo de Aryana había muerto cuando ella tenía once años. Siete años más tarde, su abuela murió tras una larga enfermedad. Había legado su casa a una organización benéfica, dejando a Aryana en la calle. Viajó a Londres con otra chica, se instalaron en un hostal y encontraron trabajo limpiando un bloque de apartamentos de lujo. Llevaba varios meses limpiando en casa de Nik antes de conocerle.
Antes de entrar en el piso, siempre había llamado al timbre para cerciorarse de que no había nadie, pero aquel día nadie respondió. Así pues, estaba quitando el polvo de las estanterías cuando un ruido la sobresaltó. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que había un hombre tumbado en uno de los sofás. Por un momento pensó que estaba dormido, pero lo vio abrir los ojos e intentar incorporarse con movimientos torpes y descoordinados, pero en lugar de sentarse rodó por el suelo.
— ¿Estás bien? — le había preguntado ella, pensando que estaba borracho.
Sin embargo, al haber crecido con un abuelo y unos amigos a los que les gustaba excederse en el consumo de alcohol, enseguida se dio cuenta de que ese no era su problema y fue a verle para comprobar que sólo estaba enfermo.

— Fiebre... — había balbuceado, mirándola fijamente.
Aryana se puso la mano en la frente y se dio cuenta de que estaba muy caliente.
— Yo diría que necesita una ambulancia — susurró.
— No... llamé... a un médico — había dicho, intentando sacar el teléfono del bolsillo .
Ella le había ayudado, pero había sido incapaz de encontrar el número de teléfono correcto porque todo estaba escrito en un idioma extraño, así que había tenido que buscarlo él mismo. Afortunadamente, había conseguido ponerse en contacto con el médico, preocupado por el hombre, que había llamado a Nik y prometido llegar en veinte minutos.
Aryana había seguido limpiando, algo incómoda, mientras esperaba a que llegara el médico. Había tenido que dejar al hombre en el suelo porque no tenía fuerzas para ayudarlo a tumbarse en el catre. El médico, un hombre joven, se había sorprendido al ver a Nik en el suelo e inmediatamente lo había levantado y llevado a la primera habitación del pasillo.
Diez minutos después, fue a buscarla a la cocina.
— Es un adicto al trabajo y está agotado, y supongo que por eso tiene fiebre. Le haré una receta y llamaré a una enfermera, pero — mientras tanto, ¿podrías quedarte con él?
— Sólo he venido a limpiar y ya debería haberme ido — explicó — . Debería haber estado en el siguiente apartamento…
— Nik es el propietario del edificio. Así que creo que es él quien te paga a final de mes. Yo no me preocuparía por el piso de al lado — , le dijo el médico. Me pidió que fuera a verle…
— ¿Por qué?
El médico se encogió de hombros al salir por la puerta.
— Quizás para darle las gracias por ser una buena samaritana. Ella podría haberse ido y dejarlo allí.
Había llamado a la puerta y, al no recibir respuesta, se había asomado y había visto a Nik tumbado en la cama, vestido sólo con sus pantalones negros de pijama. Aunque estaba enfermo, le había parecido el hombre más guapo que había conocido.
Aryana había limpiado los aseos, esperó una hora y volvió a la habitación para encontrarlo despierto.
— ¿Necesitas algo?
— Podría darme un poco de agua... ¿Cómo te llamas?
— Aryana.
— ¿Cuál es el diminutivo?
— ¿Quieres que te ponga almohadas?
Había reordenado las almohadas, enderezado las sábanas y le había traído un vaso de agua. Nik se sorprendió al saber que Aryana limpiaba su casa y que no se conocían.
— No suele haber mucho que hacer — admitió — . Parece que no utiliza la cocina.
— Viajo mucho, y cuando estoy aquí como fuera o encargo comida preparada.
En ese momento sonó el timbre de la puerta.
— Debe ser la enfermera de la que hablaba el médico.
— No necesito una enfermera.
— Estaba demasiado débil para dejarlo solo — explicó Aryana .
— Esperaba que te quedaras…

— Tengo que limpiar otros pisos, así que hoy tendré que quedarme hasta tarde — respondió antes de abrir la puerta a una hermosa enfermera de uniforme.
A la mañana siguiente, cuando llegó al trabajo, su jefe salió de su despacho para decírselo:
Hasta nuevo aviso, has sido asignado a tiempo completo al piso del Sr. Giorgiou.
— Pero... ¿por qué? — había preguntado, sorprendida.
— La orden viene de arriba. A lo mejor el tipo tuvo una fiesta anoche y necesita limpiar toda la casa — había murmurado el jefe con desinterés — . No es problema nuestro.
Cuando llegó, llamó al timbre, pero nadie respondió, así que entró sin hacer ruido y se dirigió al dormitorio, donde llamó a la puerta.
— ¿Dónde está la enfermera? — le pregunté nada más abrir la puerta.
Nik, aún más despeinado que el día anterior y todavía en la cama, había respondido en tono irónico:
— Quería acostarse conmigo y tuve que echarla.
Desconcertada por esta confesión, Aryana lo miró fijamente y se dio cuenta de lo atraída que se sentía por él. Era tan guapo. Y le daba mariposas en el estómago con sólo mirarlo.
— ¿Espero que no te importe que te pida que cuides de mí, ya que no has mostrado ningún deseo de acostarte conmigo?
Aryana se había puesto roja como un tomate.
— Claro que no... ¿Y qué has preguntado?
— ¿Perdón?
— ¿Cuál será mi trabajo? — No soy enfermera — , había preguntado…
— No he comido nada desde el desayuno de ayer — le había informado Nik — . Me vendría bien algo de comida.
Se había sentido apenada e incluso culpable por no haberle ofrecido nada de comer el día anterior. Al fin y al cabo, cuidar de un enfermo era lo que había hecho desde los once años hasta la muerte de su abuela.
Así que, durante los tres días siguientes, Aryana hizo lo que le salía de forma natural. Cuidó de Nik, le hizo la compra, le cocinó, le cambió las sábanas, le dio la medicación y le regañó cada vez que quería levantarse de la cama porque aún estaba demasiado cansado. De hecho, pronto había establecido una amistad de igual a igual con él y se había reído cuando le había oído anunciar que la invitaría a cenar para mostrarle su agradecimiento cuando le fuera mejor.
— ¿Cuántos años tienes? — le había preguntado de sopetón. Nunca salgo con adolescentes.
Y ella le había mentido sin dudarlo porque quería cumplir los requisitos para salir con un hombre así.
Dejó de pensar en el pasado y tragó saliva, golpeada por los recuerdos y su propia inocencia, porque, en aquel momento, había visto a Nik como un príncipe azul. Le había parecido el hombre perfecto, cariñoso y atento. Y en aquellos momentos, por mucho que le doliera, tuvo que admitir que se había equivocado. Nik era capaz de hacer los comentarios más escandalosos en tono educado, sin ni siquiera levantar la voz. Podía abrir la puerta con elegancia y decir algo que le pusiera la piel de gallina o le rompiera el corazón. Sus exquisitos modales y su capacidad para controlarse no habían hecho más que aumentar el dolor al final del partido, porque Nik era lo bastante

inteligente como para expresar expectativas intolerables de un modo aceptable y aparentemente civilizado.
Ese mismo día, el jefe de seguridad de Nik, Damián Callis, vino a verle después de cenar. Parecía tenso, lo que no era habitual en él.
— ¿Te preocupa algo? — preguntó Nik frunciendo el ceño.
— Como me pediste, Stavros vigiló a la señorita Matthews y charló con uno de sus vecinos — le dijo Damián — . Por casualidad, descubrió algo que seguro que ya sabes.
— ¿Qué has oído? — preguntó.
— Que la señorita Matthews tiene un hijo.
Nik le miró sorprendido.
— La mujer con la que vive tiene hijos.
— Al parecer ... cuando la señorita Matthews vino a vivir aquí estaba embarazada. El niño más pequeño... es de ella.
De repente, Nik se sintió mareado y no podía pensar con claridad. Parpadeó rápidamente para intentar concentrarse. Aryana tenía un hijo, un hijo de otro hombre. Había estado con otro hombre. Nik pensó que no debería haber ido a verla antes de recibir el informe de Wilkinson. Era el resultado de su ridícula impaciencia. Enfadado, se dijo que lo menos que podía hacer ella era decírselo.
Apretó los labios y telefoneó a Ben Wilkinson, quien le confirmó sin ambages que Aryana tenía un hijo, pero que aún no había obtenido una copia del certificado de nacimiento y, por tanto, no podía dar más detalles.
¿Por qué Aryana no le había dicho que había sido madre? Después de todo, había tenido la excusa perfecta para no reanudar su relación, así que ¿por qué no la había utilizado? ¿No se le había ocurrido que él no querría volver con ella si tenía un hijo?
Nik se levantó. Estaba furioso porque Aryana había conseguido algo casi imposible: burlarse de él. No habría vuelto a acostarse con ella si hubiera sabido que tenía un hijo. ¿No estaba planeando atraparlo de nuevo utilizando el sexo y luego confesando que era madre?
Aryana se metió en la bañera y pasó las manos por las burbujas de la superficie del agua. Era su noche, una noche para hacer lo que más le gustaba. Los niños estaban en la cama, la cocina estaba limpia. Se acurrucaba en el sofá para ver una película romántica y comer chocolate. Aunque ya no creía en el amor, tenía que admitir que era un género que le seguía gustando.
Se estaba secando cuando oyó sonar el timbre. Hizo una mueca y se puso la bata para bajar corriendo, descalza, para evitar que volvieran a sonar y despertar a los niños. Charlotte tenía el sueño ligero y si se despertaba tendría que dejarles ver los dibujos animados un rato antes de volver a dormirse.
Abrió la puerta y se puso tenso. Era Nik, vestido con vaqueros y chaqueta de cuero. Aryana no estaba acostumbrada a verle sin traje, pero en lugar de fijarse en su ropa, enseguida le llamó la atención la expresión de su rostro. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas encendidas.
— ¿Por qué no me dijiste que tenías un hijo? — preguntó bruscamente.
Aryana parpadeó y abrió la puerta para dejarle pasar, consciente de que aquella era una conversación que no podían mantener allí.
— Será mejor que entre.
— Claro que voy a entrar — contestó Nik, cruzando la casa y abriendo la puerta del

salón, como si estuviera acostumbrado a estar allí.
— Lo sabe — , pensó Aryana consternada. — Lo sabe y está furioso .
Nik, que estaba de pie justo delante de la ventana, se volvió y la miró, como si estuviera muy ofendido.
— ¡Nunca te habría tocado si hubiera sabido que tenías un hijo de otro hombre!
— Un niño con otro hombre — . Aryana se relajó un poco, pues su secreto seguía a salvo. Evidentemente, a Nik no se le había ocurrido que el niño pudiera ser suyo.
— Sí, tengo un hijo, — confirmó, — pero no creo que sea asunto tuyo…
— ¡Por supuesto que es asunto mío, te pedí que volvieras conmigo! — dijo.
Así que no lo quería si tenía un hijo. Ni siquiera esto la sorprendió. Ella podría haber querido un hijo legítimo de Castaneda, pero sólo porque tenía que preservar su linaje y porque quería un descendiente que heredara su imperio. Por lo que ella sabía, no le gustaban los niños ni se preocupaba por ellos. Tenía nietos, porque al menos dos de sus hermanas estaban casadas y tenían familia, pero nunca había hablado positivamente de ellos. Aryana sólo le había oído quejarse de que eran ruidosos, desordenados y revoltosos cuando se reunían los adultos.
No era necesario que te informara de que tenía un hijo, ya que no quería volver contigo — , respondió simplemente, sin sentirse ya amenazada.
— ¿Y esta tarde? — preguntó.
— Te dije que era un error — le recordó Aryana — . Un error que, evidentemente, no se repetirá.
Nik la estudió con la mirada: tenía la cara sonrosada, el pelo despeinado y, desde luego, no llevaba nada debajo de la bata. Cuando se movió, la tela se pegó a su cuerpo y sus pezones resaltaron, y en cuestión de segundos Nik sintió que se volvía loco de deseo otra vez.
— ¿Quién era?
— No importa.
Nik seguía furioso. Respiró lenta y profundamente.
— ¿Cuántos años tiene el niño? — volvió a preguntar, sin saber por qué, porque no tenía motivos para querer saberlo.
— Un año — contestó Aryana, quitándole un par de meses a Bartolomé para que Nik no sospechara que podía ser suyo.
Se quedó pensativo y apretó los labios.
— Supongo que estabas con él de rebote cuando me dejaste.
— ¡Tú no eres el centro del universo! — replicó Aryana, poniéndose a la defensiva.
— Pero es obvio que todavía no estás con él…
— No todos los hombres están hechos para ser padres — le dijo .
— Lo menos que puede hacer un hombre es mantener a sus hijos — dijo Nik — . Es la obligación más básica.
— Bueno, este no es el caso…
Aryana estuvo a punto de recordarle a Nik que no era su padre, pero prefirió no alterarlo más.
— En cualquier caso, deberías haberme dicho que tenías un hijo en cuanto me viste. Eso lo cambia todo, no puedo aceptarlo.
No pudo evitar sentirse culpable: un niño no era un trofeo ni una forma de venganza. Un niño no era más que un pequeño ser humano al que, tal vez dentro de unos años,

no le habría gustado la decisión que había tomado su madre.
El día siguiente comienza con una sorpresa para Nik, que recibe por fax una copia de un certificado de nacimiento.
Bartolomé John, un niño de quince meses, hijo de Aryana Matthews. Bartolomé era el nombre de su abuelo y la edad del niño indicaba la fecha de su concepción.
Nik esperó a que se imprimieran las páginas restantes del informe que acababan de enviarle. Le temblaban las manos de rabia. Estaba tan enfadado, tan conmocionado, que quería romper algo. Había confiado en Aryana y ella le había traicionado. Intentó calmarse para poder ser objetivo con los hechos. Ningún método anticonceptivo era completamente infalible, lo sabía. Sin embargo, siempre había tenido cuidado de no caer en esa red por algo tan básico como la biología.
Aryana había tomado la píldora, pero los efectos secundarios le habían hecho cambiar a un implante en el brazo. En resumen, Nik la había puesto a cargo de la anticoncepción y era posible que ella también hubiera sido víctima del margen de error. Dejó la relación, se metió en la ducha y, bajo el agua caliente, intentó aceptar la idea de tener un hijo.
Un hijo ilegítimo. No le gustaba. No le gustaba nada. Era muy estricto en este sentido y era consciente de lo mucho que había sufrido su hermanastra por no tener padre y no ser aceptada en la familia. Los tiempos habían cambiado y el mundo en general era mucho más abierto, pero en la familia Giorgiou todo lo relacionado con la herencia, el estatus y el honor seguía siendo muy importante.
Lo que más le sorprendió fue que Aryana le hubiera mentido. Terminó de leer el informe, en el que se enteraba de que su hijo había tenido que ser operado, de cómo Aryana estaba organizando su tratamiento y de lo malhumorada que era la mujer con la que vivía, y decidió llamar cuanto antes a su equipo jurídico en Londres. Una vez terminada la conversación, Nik supo cuáles eran sus opciones — muy pocas — y se sintió como un volcán a punto de estallar. Se encontraba en una situación que nunca habría elegido y, lo que era más importante, en una situación que no podía controlar. Habría luchado sucio si hubiera sido necesario. Aryana lo había tomado por sorpresa, pero Nik sabía cuáles eran sus prioridades.
Esa mañana, Aryana se sentía fatal porque no había pegado ojo en toda la noche, y estaba sentada en la cocina tomando té, cuando Jasmine bajó bostezando.
— Lo sé, no debí decirle a Nik que Bartolomé era hijo de otra persona… Hice algo horrible — , le confió a su prima, contándole todos los detalles.
— ¿Cómo se te ocurrió?
Aryana gimió.
— Me sentí acorralada y amenazada. Así que lo dije sin pensar, pero sé que Nik se pondrá furioso cuando se entere de la verdad. Le mandaré un mensaje para que venga a hablar conmigo.
— Es lo mejor. Quiero decir... deberías habérselo dicho desde el principio. ¿Y si no se lo hubiera dicho y, con el paso del tiempo, Bartolomé decidiera que quiere conocer a su padre? — le preguntó Jasmine nerviosa. Sé que Nik te hizo mucho daño, pero eso no significa que no pueda ser un buen padre.
Jasmine no le estaba diciendo nada que no hubiera pensado ya durante la noche. El regreso de Nik a su vida lo había cambiado todo. Ya no podía ocultarle la verdad y fingir que Bartolomé era hijo de otra persona. Avergonzada por su cobardía, tragó

saliva y buscó su teléfono móvil. Esperaba que Nik no hubiera cambiado de número. Hoy tengo que hablar contigo. Es muy importante.
Nik respondió: — A las once en tu casa.
Estaba claro que Aryana le diría la verdad. Nik sonrió, pero no se impresionó. La verdad llevaba más de quince meses de retraso.

Capítulo 5

Aryana esperó nerviosa junto a la ventanilla y cuando vio a Nik salir de la limusina, se puso aún más tensa al ver que llevaba traje. Nik estaba en modo magnate, con los ojos vidriosos y el rostro tenso y serio.
— Tengo algo que decirte — anunció, casi sin aliento, mientras se paraba en el umbral.
Nik sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y dijo:
— Lo sé...
A Aryana le dio un vuelco el corazón y se quedó perpleja cuando vio la copia de la partida de nacimiento.
— No sé qué decir...
— No hay nada que puedas decir, — respondió. Me mentiste anoche. Me ocultaste deliberadamente la verdad durante más de un año. Está claro que no tenías intención de decirme que había sido padre.
— Nunca pensé que volvería a verte — murmuró .
— Quiero verlo.
— Está tomando una siesta...
— Aún voy a verlo…
Aryana respiró hondo y se dirigió hacia las escaleras, secándose las manos sudorosas en los vaqueros. Se dijo a sí misma que si era razonable y conciliadora, podrían salir de este lío de forma civilizada. Era natural que Nik sintiera curiosidad y, como estaba divorciado, quizá no se sintiera tan incómodo como si aún estuviera casado.
— No hagas ruido — susurró. Jasmine estaba muy cansada y volvió a la cama. No quiero despertarla.
Aryana abrió la puerta de la habitación que compartían los tres niños. La cuna de Bartolomé estaba en un rincón. Nik se acercó a ella con paso firme y observó incrédulo cómo el niño dormía plácidamente. Su propio hijo. No tardó en descubrir el parecido con su familia. Bartolomé tenía el pelo oscuro y rizado, la nariz pequeña y los mismos ojos que su familia. Nik respiró hondo y trató de contener la emoción que le subía al pecho, una emoción que nunca antes había sentido. Era su hijo. Había tenido que ser operado y él no había estado a su lado. Podría haber muerto sin que él supiera de su existencia. Aquel pensamiento le enfureció y, temiendo no poder controlarse, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.
Aryana le miró con inquietud. Estaba ruborizado, sus ojos eran de un negro muy brillante e inescrutable y tenía los labios apretados.
— Bartolomé... nunca te perdonaré — dijo desde lo alto de la escalera en tono gélido .
A Aryana se le encogió el corazón, se sintió consternada y notó que le pesaban las piernas, que estaba torpe, mientras bajaba las escaleras.
Cuando llegó al salón, se volvió y le miró.
— ¿Qué es lo que no me perdonas? — Preguntó: — ¿De quedarme embarazada?
Nik la miró pensativo desde el otro lado de la habitación.
— No soy tan estúpida. Se necesitan dos personas para hacer un bebé. Y sé que no lo

planeaste porque, en ese caso, me habrías pedido que te ayudara a criarlo. Como no intentaste ponerte en contacto conmigo para decirme que tenías a mi bebé, al menos puedo absolverte de haber actuado por codicia.
— ¿Y debo agradecerte este voto de confianza? — preguntó Aryana arqueando las cejas.
— No — respondió Nik, cerrando la puerta tras de sí — . Deberías explicarme por qué decidiste no decírmelo.
— Me sorprende que preguntes.
— ¿De verdad?
— Estabas a punto de casarte — le recordó Aryana .
— Eso no es excusa — replicó — . Esté soltera, casada o divorciada, ese niño siempre será mío, por eso deberías habérmelo dicho en cuanto supiste que estabas embarazada .
— Pensé que no querías saberlo — admitió Aryana, incómoda, preguntándose qué esperaba Nik que dijera — . Una vez me advertiste de que si me quedaba embarazada sería un desastre y nuestra relación acabaría.
— Tampoco es excusa, sobre todo porque, según tú, nuestra relación ya había terminado — le recordó Nik .
— Pero sabes que te habrías puesto furiosa conmigo y probablemente me habrías regañado. ¡Sabía que no querías que fuera la madre de tu hijo! — exclamó frustrada.
— A veces lo que quieres en la vida y lo que obtienes en ella son dos cosas muy distintas, — comenta cínicamente Nik. Soy lo suficientemente adulto como para aceptar esta realidad.
— Bueno, ¡muchas gracias! — Se le iluminó la cara a Aryana — . La verdad es que pensé que si te decía que estaba embarazada, me pedirías que no tuviera el bebé…
— ¿Y en qué te basas para hacer esta suposición?
Consciente del ambiente cada vez más hostil, Aryana se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas.
— Bueno, es obvio... Arqueó una ceja.
— ¿Te he dicho alguna vez que me gustaría que abortaras si fuera necesario?
— Pues no — admite Aryana, sintiéndose incómoda — , pero me advertiste de cuál sería tu actitud si me quedaba embarazada, así que lo di por hecho.
— Bueno, es una pena.
— ¿Quieres decir que no habrías sugerido el aborto?
— Y teniendo en cuenta que sólo hemos tocado el tema de un posible embarazo, me temo que has sacado demasiadas conclusiones sobre cómo reaccionaría si tuviera un hijo — le reprochó Nik .
— ¡Mi embarazo fue una mala noticia en todos los sentidos! — exclamó Aryana con entusiasmo. Y tal vez no quería ser yo quien te diera esa mala noticia, tal vez no quería decirte algo que no quisieras oír, tal vez, sólo tal vez, tenía mi orgullo…
— Nunca me habría casado con Castaneda si hubiera sabido que estabas embarazada — le aseguró Nik con seriedad — . Siempre habría antepuesto las necesidades de mi primer hijo a todo lo demás.
Aryana se quedó estupefacta y frunció el ceño.
— No entiendo.
Incluso Nik empezaba a ser consciente de la realidad y estaba a punto de perder los

estribos por completo.
— No, no entiendes lo que hiciste, ¿verdad?
— ¿Qué he hecho? — preguntó, poniéndose a la defensiva — . Di a luz a Bartolomé y desde entonces he cuidado de él lo mejor que he podido. Tiene todo lo que necesita...
A Nik le brillaron los ojos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener su ira.
— No, no lo tiene todo. No tiene un padre...
Aryana frunció el ceño.
— Quiero que formes parte de la vida de Bartolomé, me parece bien... si es eso lo que te preocupa...
— ¿Es aceptable que me ofrezca a formar parte de su vida? — ¿Es aceptable para ti que mi hijo haya tenido que someterse a una operación sin mi conocimiento? ¿Que lo críe en este basurero? ¿Que lo tenga en la tienda mientras tú trabajas? ¿Que no le enseñes mi lengua, que no le hables de mi herencia, de mi familia, cuando ni siquiera puedes ofrecerle una familia? ¡Que sepas que nada de lo que has hecho es suficiente para mí!
Aryana dio un paso atrás.
— Mi casa no es un basurero…
— Para mí lo es — contradice Nik sin rodeos .
— ¿Cómo sabías que iban a operar a Bartolomé? — preguntó Aryana, sorprendida por la actitud de Nik, que era lo contrario de lo que esperaba. Ah, supongo que nos has investigado, ¿no?
— ¿Por qué no operaron a mi hijo hasta seis meses después de nacer? — preguntó Nik. La displasia de cadera suele diagnosticarse pronto.
— No lo era y, cuando se lo diagnosticaron, prefirieron intentar corregirlo antes con otros tratamientos. Parece que lo sabes todo...
— Claro que sí, la displasia es genética. Mi hermanastra y una de mis hermanas nacieron con ella, al igual que una sobrina y un sobrino. Aunque es menos común en niños. El hecho de que Bartolomé la tuviera es casi una prueba de ADN — explica Nik con ironía — . Es un Giorgiou en todos los sentidos, excepto en el apellido.
Levantó la barbilla.
— Así es, su nombre es Matthews.
Nik contuvo su ira y la miró: los ojos de Aryana estaban velados por gruesas pestañas. Incluso vestida con unos vaqueros viejos y una camiseta azul de algodón, estaba sexy. Estaba excitado y sabía que, por muy enfadado que estuviera con ella, seguía deseándola. Una vez no había sido suficiente, ella no le había saciado.
— Quiero a mi hijo — dijo sin rodeos .
Aryana se queda de piedra.
— ¿Qué significa eso?
— Significa exactamente lo que he dicho, que quiero a mi hijo. Quiero estar con él como mi padre no ha estado conmigo — explicó Nik brevemente, apretando los labios tras hacer esta admisión.
— ¿Y cómo piensa hacerlo?
— Lucharé por la custodia — anunció Nik, enderezando la espalda — . Mi hijo no se merece menos de mí.
Aryana frunció el ceño, consternada, incapaz de creer lo que acababa de oír, y le miró a los ojos. Se estremeció.

— No puedes hablar en serio. No es posible que estés tratando de alejar a Bartolomé de mí.
— No permitiré que se quede aquí.
Esto la enfureció y asustó aún más.
— ¿Cómo que no lo vas a permitir? Soy su madre y lo que tú digas no importa.
— Te equivocas — le aseguró — . Tengo derecho a oponerme al modo en que tratan a mi hijo y explicaré a las autoridades por qué considero inaceptables las condiciones en que vive actualmente.
Nik la estaba amenazando. Nik le decía que la denunciaría a los servicios sociales. Aryana estaba tan enfadada que empezó a temblar, levantó la barbilla en señal de desafío, le miró a los ojos y le dijo:
— ¿Por qué no me lo explicas a mí, porque sinceramente no te entiendo?
— Vives con una prostituta y dejas a mi hijo a su cuidado. No puedo tolerarlo — explicó Nik .
Esto la conmocionó. Aryana se tiró en el sofá. Nunca pensó que, investigándola, se enteraría del mayor secreto de Jasmine. Pálida, tensa, ansiosa, se volvió para mirar a Nik.
— Ahora trabaja de camarera. Ha dejado atrás su pasado...
— No se puede dejar atrás el pasado. No quiero que mi hijo entre en contacto con ese tipo de mujer — continuó Nik .
La gente comete errores, cambia y vuelve al buen camino. ¡No seas tan estrecho de miras! — dijo Aryana, horrorizada por la conclusión que Nik había sacado sobre la complicada vida de su primo.
De adolescente, Jasmine había tenido una aventura con un hombre mayor, había abandonado los estudios y había acabado drogándose, en la calle. Jasmine había sido sincera con ella sobre su pasado y Aryana la respetaba por el esfuerzo que había tenido que hacer para empezar de nuevo, por ella y por sus gemelos.
— Me alegro por ella de que su vida haya cambiado, pero no la quiero cerca de mi hijo — insistió Nik — . ¿Cómo sabes que no hace nada en el bar cuando trabaja de noche?
— ¡Porque la conozco y sé lo mucho que le importa lo que tiene ahora! — respondió Aryana con enfado.
— Quiero a mi hijo fuera de esta casa ya — admitió Nik — . Quiero que ambos vengan conmigo al hotel hasta que hayamos resuelto la situación.
Desconcertada, Aryana le miró fijamente y replicó:
— No.
— En ese caso, atente a las consecuencias — la amenazó Nik .
— ¿Qué quieres decir?
— Haré todo lo que esté en mi mano para conseguir la custodia de mi hijo — explicó — . Acudiré a los servicios sociales, que tendrán que investigar.
— ¡No puedo creer lo que estoy oyendo! — exclamó Aryana.
No quería que se investigara a Jasmine, que se exhumara su pasado, después de todos los esfuerzos que había hecho su prima por seguir adelante.
— ¡Amenazarme a mí y a mi primo!
— Lo hago por el bien de mi hijo — le dijo Nik — . Él es mi principal preocupación. No me importa cuánto me cueste ni a quién perjudique, pero siempre daré lo mejor de mí por él, cueste lo que cueste.

— ¿Cómo puedes tener esos sentimientos por un hijo al que ni siquiera conoces? — preguntó Aryana con voz temblorosa.
— Porque mi sangre fluye en él. Es mío, es un Giorgiou y debo luchar por él porque es mi deber, sobre todo ahora que no tiene voz para expresarse.
Nik miró su reloj y dijo:
— Tienes quince minutos para hacer la maleta.
— No me voy de aquí.
— Será su única oportunidad. Si me voy de esta casa sin mi hijo, lucharé por su custodia y utilizaré todos los medios a mi alcance.
— ¡No seas razonable!
— ¿Por qué debería serlo? Me privaste de los primeros quince meses de mi hijo, no debería sorprenderte que quiera evitar que me prives de más tiempo.
Aryana se sintió mareada. Nik estaba enfadado, furioso, pero no se daba cuenta de lo que decía.
— ¿Estás loco? Bartolomé nos necesita a los dos — le dijo. Apretó la mandíbula.
— Por supuesto que lo sería... en un mundo perfecto, pero me temo que este no lo es.
— ¿Y cómo vas a cuidar a un niño? — preguntó Aryana. No tendrás tiempo. De hecho, no te apetece. Actúas como si Bartolomé fuera un trofeo.
— Haced las maletas — repitió — . Empaca sólo lo que necesites para las próximas veinticuatro horas. Por supuesto, cubriré todas sus necesidades.
Sin moverse, Aryana le miró fijamente, incapaz de creer que pudiera amenazarla de ese modo.
— Nik...
— No quiero oírte — la interrumpió — . Quiero a mi hijo. Podrías haber sido
con él todo lo que siempre quisiste. Ahora es mi turno.
De repente, Aryana tomó una decisión. Iría al hotel con Nik y le haría conocer a Bartolomé. Estaba segura de que eso lo tranquilizaría, aunque no sabía cuál sería el resultado. No estaba acostumbrada a ver a Nik enfadado, pero pensó que enfrentarse a él sólo empeoraría la situación. Le daría unas horas para calmarse y ver las cosas desde otro punto de vista. Cogió una maleta del armario del salón y la llevó a su habitación. Preparó lo imprescindible para él y su hijo, y luego bajó a meter en una bolsa todo lo relacionado con la alimentación del niño. En la cocina escribió una nota a Jasmine, diciéndole adónde iba y que la llamaría por teléfono.
— Jasmine no podrá ir a trabajar esta noche si no estoy aquí para quedarme con sus hijos — protestó a Nik mientras se ponía una ligera chaqueta de algodón .
De repente se dio cuenta de que estaba hecho un lío. Su maraña de rizos nunca sería como el pelo rubio y liso de Castaneda. Sus caderas nunca habrían sido tan estrechas, ni sus pechos tan perfectos. Sólo llevaba un poco de maquillaje y su aspecto era muy corriente. De hecho, no se había cambiado antes de la llegada de Nik, para que no pensara que quería ponerse guapa para él. Sin embargo, en ese momento no se sentía bien con su aspecto.
— Contrataré a una niñera para tu primo.
— No puedo defraudarla, Nik. — Le costó encontrar trabajo.
— He dicho que me ocuparé de todo y lo haré — repitió Nik, recogiendo su maleta y abriendo la puerta principal, decidido a no dejar que nada se interpusiera en su camino — . Confía en mí.

El conductor les estaba esperando para coger la maleta. Tras dudar un momento, Aryana le dio también la bolsa con la comida del niño y luego subió a buscarla. — Confía en mí — , le había dicho Nik. Y lo extraño era que ella confiaba en él porque le había dicho la verdad, incluso cuando ella no quería oírla y nunca le había mentido.
Cogió al niño dormido en brazos, aspiró su olor a bebé y le puso una chaqueta. Pensó que Nik en realidad no quería llevárselo, sólo la había amenazado para que le hiciera caso e hiciera lo que él quisiera. En realidad, probablemente sólo quería pasar un par de días con el bebé, conocerlo, y no habría podido hacerlo si ella no hubiera ido a su hotel.
En la parte trasera de la limusina había un asiento para niños. Aryana hizo que Bartolomé se sentara en él y le abrochó el cinturón, mientras el niño miraba a Nik con curiosidad. Tenía el teléfono en la mano y el niño alargó la mano para tocarlo, Aryana se sorprendió de que Nik le dejara cogerlo.
— ¡No le des el teléfono! — exclamó, mientras Bartolomé se llevaba automáticamente el aparato a la boca — . Intenta comértelo todo.
Aryana le quitó el teléfono y se lo devolvió a Nik, que empezó a llorar. La mujer sacó un juguete del bolso y se lo dio a su hijo, pero el niño lo miró y lo tiró al suelo del coche.
— Quiere que le vuelva a dar el teléfono — comentó Nik .
— Claro que sí... tiene un montón de botones. Es un juguete nuevo y brillante.
Cuando llegaron al hotel, Aryana salió del coche y fue a dejar a Bartolomé, pero Nik la precedió y cogió al niño en brazos. Ella les siguió. A Bartolomé le encantaban los sitios nuevos y miraba a ambos lados con interés. Entraron en el ascensor y el niño sonrió a Aryana desde los brazos de su padre.
Para sorpresa de Aryana, entraron en una habitación diferente a la que ella estaba.
— ¿Trasladado a otra planta?
— Claro que necesitamos más espacio — explicó Nik — .
El niño empezó a inquietarse y Nik lo colocó con cuidado en el suelo de madera. Bartolomé empezó a gatear a toda velocidad, se agarró a la pata de un elegante sofá y se levantó sonriendo con satisfacción.
— Es un chico muy inteligente — comentó calurosamente Aryana .
Las piernas regordetas del niño temblaron y se sentó en el suelo a llorar. Nik volvió a cogerlo y lo levantó en el aire. Bartolomé olvidó su disgusto y se echó a reír. Nik hizo el ruido de un avión y dio vueltas al niño por la habitación, mientras Aryana los miraba sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Nik, dejando a un lado su dignidad y frialdad, sonrió complacido.
— Es hora de comer — comentó Aryana .
El juego entre padre e hijo había terminado. Trajeron la trona y la maleta y Aryana empezó a dar de comer a Bartolomé, que intentó alimentarse solo y siguió protestando hasta que pudo coger la cuchara. Entonces la mojó en el yogur y sonrió victorioso. Aryana seguía atónita, habiendo visto a Nik comportarse como nunca. Sólo una hora antes la había amenazado con denunciarla a los servicios sociales.
Había sido una dura amenaza que había asustado mucho a Aryana. Un par de años antes, cuando su prima Jasmine aún no había empezado a recuperarse, los servicios sociales le habían quitado a sus hijos. Aunque los recuperara, cualquier acusación de abandono podría dar lugar a una investigación en toda regla. Y Aryana no quería que eso ocurriera. Jasmine perdería la confianza en sí misma y pensaría que no era una

buena madre, y Aryana quería protegerla de eso.
Sin embargo, el mismo hombre que la había amenazado era una persona completamente distinta con su hijo. Con Bartolomé, Nik se mostraba desinhibido, juguetón, casi feliz, lo que era inusual en él, que solía ser frío, callado y reservado. Tuvo que admitir que Nik parecía mucho más interesado en su hijo de lo que había imaginado y se preguntó, incómodo, cuál era su papel en el triángulo. Nik había dicho que quería a su hijo, pero ¿qué quería decir exactamente? Aryana no podía apartar los ojos de su apuesto rostro mientras Nik observaba a Bartolomé jugar a las construcciones y reía divertido. Nik se sentó a su lado en el suelo y Aryana recorrió su cuerpo con la mirada y apartó la vista cuando le llegó por debajo de la cintura. Avergonzada, se dio cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Seguía deseando a Nik como nunca.
A veces, quererlo parecía una cadena perpetua. El embarazo sólo había acelerado la salida de su vida porque no quería que Nik conociera su secreto. Había pensado que si se lo contaba, Nik la acusaría de haberlo hecho a propósito y la haría sentir culpable y humillada. Sin embargo, Nik no había reaccionado así y había insistido en que nunca le pediría que abortara.
¿Podía creerlo? Después de todo, lo había dicho en retrospectiva, consciente de que su matrimonio estaba condenado al fracaso, pero dos años antes ese matrimonio le había parecido importante y el embarazo de Aryana habría sido, como mínimo, una enorme vergüenza. ¿Qué había querido decir Nik al afirmar que, de haber sabido que estaba embarazada, nunca se habría casado?
Nunca se le había ocurrido que un día vería a Nik en vaqueros, arrodillada, haciéndole una torre a Bartolomé y riéndose cuando Bartolomé la abofeteaba.
— Dijiste que amabas a Bartolomé, — murmuró ella, armándose de valor, — ¿qué significa eso exactamente?
— Ahora que lo he encontrado, no me iré — replicó Nik, mirando por encima de la cabeza del chico .
— Es decir, quieres conocerle y seguir en contacto con él.
Arqueó una ceja.
— Quiero mucho más.
— ¿Cuánto tiempo más? — insistió ella, tratando de respirar mientras lo miraba a los ojos.
Sonrió irónicamente.
— No me gustan las medias tintas... Lo quiero todo.
— ¿Y qué incluye? — preguntó Aryana con cautela.
Nik la miró divertido. Había pensado que Aryana lo entendería sin más explicaciones. Estaba dispuesto a darle lo que siempre había deseado, algo que nunca había pensado en ofrecerle. Ahora mismo tenía una razón de peso para hacerlo y no quería pensar en lo que obtendría como resultado. Contempló el valle de sus pechos y se excitó aún más. Quería arrancarle la ropa, perderse entre sus muslos y no salir de allí hasta saciarse por completo.
— ¿Nik...?
— Con — lo quiero todo — quiero decir que quiero que nos casemos, — explicó, apartando los rizos de la frente de su hijo. Es lo único que podemos hacer.

Capítulo 6

A ver si Io he entendido — tartamudeó Aryana, asombrada — . ¿Dices que quieres casarte?
— Así que Bartolomé se convertirá automáticamente en mi hijo legítimo bajo Ia ley británica.
— Cualquiera que conozca su edad sabrá que nació cuando tú estabas casado con otra mujer — dijo .
— No importa. El resultado final será eI que yo quiero, que es que Bartolomé sea considerado mi hijo y sea mi heredero legítimo — insistió Nik — . Es su derecho natural y quiero que así sea.
— ¿Aunque para ello tengas que casarte conmigo? — preguntó Aryana con incredulidad.
— Tú te casarás conmigo por eI bien deI niño y yo me casaré contigo por eI bien deI niño. Ambos somos responsables de su nacimiento y debemos anteponerlo a todo — dijo — . Se Io debemos.
Estaba desconcertada, temblando. Había soñado durante mucho tiempo que su relación era como un cuento de hadas, pero Ia realidad Ia había devuelto a Ia tierra. Le costaba aceptar que Nik hablara de matrimonio, porque era como volver a abrir Ia puerta de aquel tonto cuento de hadas. Aryana Io abrazó y Ie preguntó:
— ¿Estás seguro de que no hay otra forma de asegurar que Bartolomé sea tu heredero?
— Podría intentar redactar un documento reconociendo que es mi hijo, pero Io mejor es casarse con su madre. Si no, siempre puede haber lagunas y Ios abogados saben encontrarlas y presentar una demanda.
— ¿Quién desea presentar una queja? — preguntó.
— ¿Tienes idea de Io rico que soy? — ¿O de Io que Ios poderosos están dispuestos a hacer para ser aún más ricos?
— Supongo que no, — admitió, sabiendo que pertenecían a dos mundos completamente distintos.
— Cuando tenía catorce años, mi madrastra intentó que me desheredaran y que su hijo, de ocho años, pasara a ser eI beneficiario deI fondo familiar. La petición sóIo fue rechazada cuando mi abuelo demostró que eI hijo de mi madrastra no era su nieto — , explica Nik.
Aryana se quedó perpleja; no sabía que Nik hubiera tenido nunca tales problemas. Se preguntó cómo habría sido su infancia con una madrastra así y empezó a comprender su deseo de hacer Io mejor para Bartolomé.
— Podemos casarnos dentro de unos días — dijo, como si se diera cuenta de que había ganado Ia batalla — . Después de Ia ceremonia, iremos a Grecia y allí te presentaré a mi familia como esposa e hijo .
Incapaz de creer Io que Ie estaba ocurriendo, Aryana se levantó de donde estaba sentada y se acercó a Ia ventana.

— Sería una locura, tratar de fingir que soy tu esposa... ¡No podemos hacer eso!
— Serás mi esposa, no tienes que fingir. Sólo tienes que preguntarte. ¿Cuánto quieres a tu hijo? — preguntó Nik casi con crueldad.
Aryana se puso rígida.
— ¡Esto no es justo!
— ¿No? Sólo tú has decidido ser responsable de Bartolomé y de su felicidad. Y te pido que rectifiques tus errores y te asegures de que tenga todo lo que le corresponde como hijo mío.
A Aryana no le hizo ninguna gracia enterarse de que había cometido un grave error al ocultarle a Nik la existencia del niño, pero oír hablar de Grecia la hizo cambiar de opinión.
— Si el matrimonio es una mera formalidad, ¿por qué quieres que te acompañe a Grecia?
— ¿Me permites llevarme a Bartolomé sin que vengas? — preguntó, sorprendido.
— ¡No! — , exclamó inmediatamente.
— Y aunque el matrimonio te parezca una mera formalidad — continuó Nik en tono razonable — , tendrá que parecer un matrimonio normal.
Aryana volvió a abrazarse a sí misma. Se sentía amenazada, acorralada, desorientada.
— ¿Por qué? — preguntó.
— ¿Quieres que tu hijo se sienta culpable cuando crezca y sepa que tuvimos que casarnos por su bien?
Frunció el ceño.
— Claro que no...
— En este caso, tenemos que hacer que parezca una boda normal — insiste Nik, manipulando la conversación todo lo posible — . Cuanta más gente piense que estamos casados de verdad, menos preguntas embarazosas nos harán y menos comentarios suscitaremos.
— ¡Nadie creerá que has decidido libremente casarte con tu amante! — replicó Aryana con enfado.
No le gustaba hablar así de sí misma, pero lo hizo para obligar a Nik a razonar.
— Tú y yo somos los únicos que sabemos que fuiste mi amante. Por suerte no hicimos pública nuestra relación. Y aunque ahora tengamos un hijo, lo único que demuestra es que estuvimos juntos.
Aryana le miró a los ojos, con el corazón, latiéndole con fuerza.
Lo único que prueba es que tuvimos al menos un rollo de una noche.
— No eres un ligue de una noche, y cualquier hombre que te vea sabrá que una noche contigo no es suficiente — murmuró tomándola de las manos para acercarla a su cuerpo — . Serás mi esposa y la madre de mi hijo. Y no tendrás nada de lo que avergonzarte…
Aryana no pudo evitar que le gustara la idea, después de todo siempre se había avergonzado de su relación con Nik. Él no había sido su príncipe azul y ella no había sido su verdadero amor. Sólo había tenido poder sobre él en la cama y reconocerlo, la había hecho sentirse culpable. ¿Qué clase de mujer se habría conformado con una relación así? Sus manos temblaban en las de él. Aunque tuvieran que casarse sólo por amor a Bartolomé, aunque no tuvieran que casarse por amor, era lo mejor que podía tener.

— No puedo dejar sola a Jasmine y no puedo salir de la tienda — comentó de pronto — . Es imposible. La tienda es mi medio de vida y no puedo…
Nik la abrazó y ella apoyó una mano en su musculoso torso mientras la otra subía, como por voluntad propia, a enredarse en su pelo.
— Yo me ocuparé de todo.
— Necesito ser independiente — insistió Aryana en un susurro, con la voz temblorosa.
Nik se pasó la lengua por los labios.
— Escúchame — le pidió acariciándole el pelo .
La besó apasionadamente, consciente de que ambos estaban locos de deseo.
— Bartolomé es mi hijo. Es mi deber cuidar de los dos.
Desesperada por controlarse, Aryana se apartó de él y de la tentación.
— Vende la tienda o déjame contratar a alguien para que la lleve. Elige la opción que más te convenga — dijo impaciente.
Aryana le miró incrédula.
— Jo... Trabajé muy duro para crear mi negocio. No puedes esperar que me rinda…
— ¿Ni siquiera para Bartolomé? — preguntó mirando al niño que se agarraba los vaqueros y los miraba a los dos — . Nuestro hijo nos necesita a los dos y quiero que tenga una familia normal. Como mínimo, tendrás que organizar tu vida en Londres para que yo pueda estar con él.
Esto volvió a desconcertar a Aryana, que sabía que Nik pasaba la mayor parte del tiempo en Grecia. Se dio cuenta de que no le estaba ofreciendo un matrimonio normal, pues suponía que estarían casi siempre separados, pero compartirían la custodia de su hijo. Se quedó boquiabierta y sintió como si le hubieran dado una bofetada: ¿cómo había podido pensar que podrían llevar una vida matrimonial normal?
— Tengo que pensármelo — dijo — . Todo lo que propones pondrá mi vida patas arriba.
— Yo también — admitió — . Yo tampoco había planeado nada de esto.
Para Aryana, fue como una segunda bofetada en la cara. No necesitaba que Nik le recordara que nunca se habría casado con ella si Bartolomé no hubiera nacido. Esa realidad se le había clavado en el alma, pues Nik ya la había rechazado una vez para casarse con Castaneda. Se agachó y cogió a Bartolomé en brazos, reconfortada por su suavidad y calidez.
— Tengo que cambiarlo — dijo cogiendo la bolsa con sus cosas y llevándola a la habitación más cercana .
Nik se preguntaba, frustrado, por qué las mujeres eran tan complicadas. Le había ofrecido a Aryana lo que ella siempre había querido, pero ella actuaba como si le hubiera ofrecido un trato sucio. ¿Qué había que pensar?
¿Cuántas mujeres habrían ido a cambiar un pañal antes de decidir si se casaban o no con un multimillonario? ¿Era posible que Aryana sospechara que había algo más que no le había contado?
Tuvo que admitir que, en realidad, no le había dicho toda la verdad y que no podía decírsela. Luchaba por lo que creía, por lo que necesitaba Bartolomé. En toda batalla hay vencedores y vencidos y él no tenía intención de perder. Pero Aryana no conocía la dureza de su mundo, ni sabía que Bartolomé se convertiría en el blanco de gente codiciosa y despiadada y que ella no sabría cómo protegerlo. Pero ella sabría cómo protegerle, y lo haría.

Aryana se quedó un rato más en el baño mientras Bartolomé se arrastraba por el suelo y se levantaba agarrándose a la bañera. Estaba hecha un lío y tenía miedo, no podía evitarlo. Nik quería que se casaran por el bien de Bartolomé y ella quería darle lo mejor a su hijo, pero sabía que tendría que pagar un alto precio por ello. Socialmente, sabía que avergonzaría a Nik y a su familia, aunque estaba convencida de que Nik se desharía de ella en cuanto todos los papeles estuvieran en regla. Así que no sería un verdadero matrimonio y Nik estaría completamente fuera de su vida cuando Bartolomé tuviera edad suficiente para visitar solo a su padre. Todo habría sucedido tal como Nik quería, porque era un hombre que nunca dejaba nada al azar. Y le aterraba la idea de tener tan poco poder sobre las cosas, de tener que sacrificar su hogar y su negocio. Se preguntó si tenía elección: ¿podría confiarle a Nik el futuro bienestar de su hijo?

Con Bartolomé apoyado a su lado, Aryana regresó al salón. Nik se había quitado la chaqueta, aflojado la corbata y remangado la camisa, que se pegaba a los músculos de su pecho. Lo miró fijamente y no pudo evitar los recuerdos. Se le revolvió el estómago y se reprendió en silencio. Nik terminó de hablar por teléfono y lo colgó.

— Está bien, me casaré contigo — dijo ella, con las mejillas sonrojadas — , pero eso significa que confío en que nunca harás nada que nos perjudique a Bartolomé o a mí. Si descubro que no puedo confiar en ti, te dejaré.

Nik sonrió. Aryana no volvería a abandonarlo, a menos que también estuviera dispuesta a dejar a su hijo. Ella aún no lo sabía, pero no podría huir de nuevo.

— Y tendrás que serme completamente fiel — dijo Aryana .

— Siempre te he sido leal — replicó enfadado .

— Pero dicen que cuando un hombre se casa con su amante, consigue un trabajo — dijo .

— Creo que mi vida ya es bastante complicada — respondió .

Además, su matrimonio no duraría para siempre. Aryana sabía que Nik pondría fin al matrimonio en cuanto se cansara de ella, pero trató de que la idea no la lastimara más.

— Ahora que tienes lo que quieres, ¿puedo irme a casa? — preguntó.

— Quiero que te quedes aquí. Imagino que querrás organizar la boda — dijo arqueando una ceja — . Será íntima y la ceremonia tendrá lugar en la iglesia ortodoxa griega a la que asisto en Londres. Ya he solicitado los permisos necesarios.

— Así que asumiste que lo conseguirías — comentó enfadada .

— ¿Por qué te negaste a casarte conmigo si es lo que querías hace dos años?

Aryana se sonrojó, avergonzada.

— Pero ya no creo en los cuentos de hadas.

— Pero yo quiero un cuento de hadas — le aseguró, la deja aún más perpleja. — Quiero que te compres un bonito vestido y todo.

— ¿Para qué? ¿Para las fotos?

Aryana se obligó a apartar la mirada de él porque le dolía saber que nunca tendría el cuento de hadas. Después de todo, no tenía lo esencial, es decir, el amor de Nik. También le dolía que él estuviera tan seguro de que ella aceptaría casarse con él después de haber estado casada con otra mujer. Su amor no había significado nada para él, aunque ella lo había amado sin pedir nada a cambio.

¿Era justo juzgarle tan duramente por no ser capaz de corresponderle?

— Tener un matrimonio normal — le recordó — . Eso es lo que quiero y eso es lo que será.

Su arrogancia ponía de los nervios a Aryana. Nik estaba divorciado, pero aun así no le asustaba un matrimonio fracasado. Aunque lo que quería era tenerla a ella y a Bartolomé, y además, conociéndolo, era probable que la libido fuera más importante para él que el amor. Se preguntó si había amado a Castaneda o sólo la deseaba a ella. ¿Por qué habría terminado la relación con la otra mujer? ¿Y a ella qué le importaba? Al fin y al cabo, sólo iba a casarse con él por despecho.
El equipo de trabajo de Nik llegó para pasar la tarde trabajando con él y Aryana empezó a mirar los vestidos de novia que, a petición de Nik, un conocido diseñador le había enviado por Internet. Se tomó sus propias medidas para enviárselas a Nik y luego trató de elegir el vestido, el velo y los zapatos de sus sueños. Más tarde decidió hacer una visita a su tienda de lencería favorita. Se dirigía hacia la puerta con Bartolomé en brazos cuando Nik le preguntó en tono frío:
— ¿Adónde vas?
— Tengo que comprar algunas cosas — respondió — . Y quiero ir con Jasmine.
No — , respondió con firmeza mientras firmaba un documento.
— Sí, — respondió con la misma firmeza al salir por la puerta.
— ¡Aryana! — gritó, saliendo al rellano. Para su decepción, ella se volvió.
— Ya te he dicho que no — insistió Nik .
— Y no quiero discutir delante de todos, pero tengo que ir a ver a Jasmine.
— He contratado a una niñera para las próximas dos semanas.
— Es mi prima y mi amiga, y siempre ha estado ahí cuando la he necesitado — respondió en voz baja — . No me importa lo que digas ni lo que pienses, pero no pienso darle la espalda.
— En ese caso, deja aquí a Bartolomé — dijo, extendiendo los brazos hacia el muchacho .
— No podrás cuidar de él…
— No te preocupes, también he contratado una niñera para nosotros. Ya está en el hotel, esperando a que la llames.
A Aryana no le gustaba verle tan convencido de que sabía lo que era mejor para el niño.
— Bueno, has perdido tiempo y dinero, porque no dejaré a Bartolomé con un extraño.
— Le diré que suba para que puedas conocerla.
Aryana apretó los labios.
— Bartolomé se viene conmigo. Lo siento si no te gusta, pero así son las cosas.
— No intentes hacerme enfadar — le advirtió Nik — . Si me desafías, responderé y probablemente saldrás herido.
— Ahora no puedes hacerme daño — dijo con seguridad, negándose a dejarse intimidar — . Acepté cambiar toda mi vida, casarme contigo y conocer a tu familia. ¿Qué más quieres? ¿Por qué no aprendes a comprometerte?
— No — respondió — . No cuando se trata de mi hijo y de tu relación con una mujer con la que no quiero que te acuestes.
— Esa mujer que no quieres que vea estuvo conmigo cuando me puse de parto durante dos días seguidos — replicó Aryana con calma — . Estuvo conmigo y con Bartolomé cuando tú no estabas, y me alegré mucho de tenerla a mi lado.
Nik palideció casi imperceptiblemente y replicó:
— Hubiera estado allí si me hubieras dicho que estabas embarazada…

— No lo creo. Acababas de casarte con otra mujer — , le recordó.
— Bueno, ve si significa tanto para ti.
— Por supuesto que sí. Siempre soy leal a mis amigos.
Nik la fulmina con la mirada.
— Hubo un tiempo en que me fuiste fiel.
— ¿Qué he sacado yo de todo esto? — preguntó Aryana en tono irónico antes de entrar en el ascensor.
Nik quería quitárselos de encima, pero recordó el comentario sobre tener que aprender a transigir. Tenía el noventa por ciento de lo que quería y lo conseguiría todo en cuanto se casaran. A corto plazo, podía ser generoso. Pero Aryana había cambiado y debía tenerlo en cuenta. Estaba dispuesta a luchar con él. Estaba claro que había madurado y ya no era la niña que antes lo miraba con los ojos llenos de estrellas. Y eso no le gustaba nada.
Menos aún le gustaba sentirse nervioso y molesto, extrañamente abandonado, por su marcha. Sobre todo, no le gustaba desear o echar de menos a alguien, porque eso implicaba debilidad y falta de control.
Se preguntó qué tenía Aryana que le hacía sentirse así. Ella lo alteraba, lo hacía exagerar, se dijo seriamente, esperando que fuera temporal, que pasara pronto. Era irónico que, al mismo tiempo, ella fuera la única mujer que había conseguido hacerle sentir en paz, satisfecho, pero ese no era el efecto que tenía sobre él en ese momento.
Nik sabía que tenía mucho trabajo por hacer si quería tomarse un tiempo después de la boda, así que se dijo a sí mismo que tal vez lo mejor sería tomarse un descanso de Aryana y de las emociones inoportunas que estaba despertando.
— No puedes darme la casa — protestó Jasmine — . No puedo vivir a tus espaldas, te pagaré el alquiler.
Aryana no quería herir los sentimientos de su prima diciéndole que cuando se casara con Nik no lo necesitaría para pagar el alquiler. Sin embargo, Jasmine era una mujer muy independiente que había aprendido muy pronto que tenía que ser así. En las pocas ocasiones en que había dependido de alguien, se había sentido decepcionada.
— ¿Vas a vender también la tienda? — preguntó Jasmine.
— No quiero separarme de ella — admitió Aryana. Jasmine se mordió el labio inferior y preguntó:
— ¿Por qué no me dejas a cargo, con un periodo de prueba de tres meses? — Te ayudé a montarlo y creo que, con la ayuda de un contable, podría gestionarlo.
Aryana estudió a su prima, sorprendida. Nunca había imaginado que le gustaría trabajar en la tienda.
— No tenía ni idea de que estuvieras interesado.
— Sí, en realidad siempre me interesó... pero sabía que no podías permitirte pagar a alguien a tiempo completo, así que no te lo dije.
Hablaron largo y tendido y llegaron a un acuerdo. Al final de la conversación, Aryana sonreía de oreja a oreja, feliz de saber que Jasmine se haría cargo del negocio, una opción que le gustaba mucho más que vender.
— Si estás dispuesto a ir a Grecia, confía en Nik — dijo el primo .
— Siempre ha sido sincero conmigo, incluso cuando ha tenido que decirme cosas que yo no quería oír — admitió Aryana con amargura — . Si está dispuesto a casarse conmigo por el bien de Bartolomé, estoy dispuesta a confiar en él.

— Tienes un corazón demasiado grande, Aryana. No dejes que te lo rompa otra vez — le advirtió Jasmine preocupada.
Era un consejo que a Aryana le habría gustado utilizar, sobre todo cuando, de vuelta en el hotel, se enteró de que Nik había decidido irse a Londres a trabajar. Eso decía la nota que le había dejado, pero no podía engañarla. Aryana sabía que estaba molesto con ella y que por eso se había marchado. En una ocasión, mucho antes, había abandonado la casa sin su consentimiento y, a su regreso, había descubierto que Nik había vuelto a Grecia. En aquella ocasión, sin embargo, Aryana estaba furiosa porque la había sacado de su casa y la había mantenido encerrada en un hotel, con una niñera y cuatro guardaespaldas que la vigilaban.

Capítulo 7

A Tristan Glass casi se le cae la taza.
— ¿Te vas a casar otra vez? — repitió incrédula.
Nik lanzó una mirada amenazadora a su mejor amigo.
— N... Sí.
— ¿Y conozco yo a la afortunada? — preguntó Leonard.
— La viste brevemente, una vez — respondió Nik de mala gana — . Se llama Aryana...
Tristan se bebió el vaso de un trago.
— No sabía que era tan importante en tu vida. ¿Tu familia ya la conoce? — preguntó.
Nik apretó los labios.
— No.
— ¿Y cuándo se celebrará la boda?
— Mañana — respondió Nik, indicando el lugar y la hora con una frialdad espectacular.
— Qué cosa tan... repentina — comentó con cautela .
— N... Sí.
— Muy... precipitado — añadió Tristan, con creciente audacia .
— No lo suficiente, — admitió Nik secamente. — Mi hijo ya tiene quince meses.
— Oh, Aryana, estás preciosa — suspiró Jasmine mientras ataba el lazo en la espalda de su vestido de novia .
Se miró en el espejo y parpadeó. Aún no se acostumbraba al lujo del piso que Nik había alquilado para ella y Bartolomé. Ni siquiera podía creerse que fuera a casarse con él. Sobre todo porque sólo faltaba una hora para la ceremonia y ni siquiera se hablaban. ¿Cómo podía ser tan estúpida?
Nik les había dejado en el hotel de Yorkshire durante cuatro días y les había llamado varias veces, hablando como si no hubiera pasado nada.
— Sabía que estabas demasiado ocupada para venir conmigo a Londres — dijo .
Aunque había pedido a una de sus secretarias que lo organizara todo.
— Y sabía que querrías despedirte de tus amigos y terminar de organizar la tienda.
Lo que Nik no sabía era que Aryana había decidido que fuera Jasmine quien la llevara al altar.
— Sabía que no querrías que Bartolomé volviera a cambiar de ambiente y conociera a otros desconocidos — dijo Nik en tono petulante .
Aryana estaba furiosa con él. De hecho, su enojo sólo había aumentado cuando Nik había actuado como si hubiera hecho lo mejor al dejarlos en Yorkshire mientras él regresaba a Londres. Sin embargo, se miró en el espejo e intentó controlar su ira. Era un vestido muy romántico, de encaje de Chantilly y satén, ligero y vaporoso, que realzaba sus curvas. El velo corto y la corona de flores eran sencillos, pero elegantes.
Llamaron a la puerta y, como la única persona que había en el piso era Irene, la simpática niñera de mediana edad que Nik había contratado, Jasmine abrió.
— Ah... — exclamó, retrocediendo al ver a Nik.
Aryana se quedó helada.

— ¡No deberías verme vestida de novia! — exclamó consternada.
Sorprendido por la presencia de Jasmine, Nik murmuró algo y se maldijo cuando sintió que su cuerpo reaccionaba al ver a Aryana con aquel vestido blanco. No le habría importado morir en ese momento. Jasmine salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí mientras avanzaba sin apartar los ojos de los labios rosados de Aryana.
— Te ves fantástica, — dijo suavemente.
Tuvo que obligarse a no contestarle de la misma manera. Tal vez para Nik fuera una boda pequeña, pero para ella era una boda importante, y Nik había decidido llevar un chaqué gris y negro y corbata. La chaqueta negra parecía hecha a medida y enmarcaba perfectamente sus fuertes hombros. No podía estar más guapa.
— ¿Qué haces aquí? — preguntó en un susurro, poniéndose rígida. ¿Has cambiado de opinión? Si es así, no hay problema. No voy a montar un escándalo. De todas formas, no era una boda de verdad…
— Por supuesto que no he cambiado de opinión — le aseguró, entregándole una caja — . Quería darte esto...
Por un momento, él también se preguntó qué hacía realmente allí, aunque no era típico de él, había actuado por impulso. De camino a la iglesia se había dado cuenta de que tenía que verla antes de la ceremonia, y no había nada de malo en ello, ya que estaba a punto de dar el gran paso de casarse con ella. El deseo siempre era una motivación aceptable, siempre que fuera capaz de controlarlo. El sexo con Aryana era fantástico y no necesitaba nada más.
Asombrada, Aryana aceptó la caja, la abrió y descubrió un collar y unos pendientes de perlas. Hacían juego con las perlas de sus zapatos y eran mucho más bonitos que la bisutería barata que se había comprado.
— Es precioso — murmuró mientras Nik se acercaba por detrás para abrocharse el collar .
— Quería darte algo especial.
Sintió las perlas frías contra su garganta y se agachó para coger los pendientes y ponérselos también.
— Gracias.
Pensó que Nik no había cambiado nada desde que lo conoció. Seguía intentando corromperla y hacerla sentir culpable.
— No puedes hablarme con esa frialdad — la amonestó seriamente —, aunque sé que lamentabas haberte dejado sola en Yorkshire.
Aryana apretó los dientes.
— ¿Quieres decir que te diste cuenta de que estaba enfadado?
— Antes podías hablar conmigo por teléfono durante cuatro horas — comentó irónicamente — . ¿Qué te pasa? Antes no eras así...
— ¡Cállate si no quieres que pierda los nervios! — ¿Qué? — Me dejaste en ese hotel con Bartolomé, con una niñera que no conocía y con tus guardaespaldas, y lo hiciste a propósito porque te había desafiado. Y lo hiciste a propósito porque yo te había desafiado. ¿No te importaba tanto conocer a tu hijo? No puedes venir aquí, darme unas perlas y esperar que las acepte como disculpa y explicación — la amonestó.
— No tengo nada de que disculparme. Ahora que he terminado mi trabajo pendiente, tendré más tiempo para ti — respondió —, pero me niego a que te comportes así durante la boda. Por eso tenía que verte.

Aryana guardó silencio. En esta ocasión, era ella quien había añadido tensión a su relación.
— Entonces... ¿nos detenemos por el momento y tomamos caminos separados? — susurró.
Nik la miró incrédulo.
— No irás a ninguna parte sin mí.
Aryana no sabía por qué, pero de repente sintió miedo. El corazón le latía con fuerza.
— Nunca, jamás — continuó en tono amenazador .
Luego la levantó y la llevó a la cama.
— ¿Qué haces? — preguntó Aryana. Nik... ¡el vestido! Se echó encima de ella, aplastándola.
— Deja de pelear... o romperás algo.
— Nik... no podemos... — dijo ella, desconcertada — . Eso no solucionará nada.
La besó apasionadamente.
— Eso creo.
— Me estás estropeando el maquillaje — protestó Aryana pasándose las manos por el pelo .
— No necesitas maquillaje — le aseguró con voz ronca .
— Toda novia necesita maquillaje — argumentó Aryana, tratando de liberarse sin estropear aún más su vestido.
Volvió a besarla con más intensidad. Su sabor y su olor la embriagaron, haciéndola perder el control.
— No te estropearé el vestido — prometió Nik, levantándole la falda hasta la cintura .
— Nik... — susurró ella, en tono suplicante.
— No puedo más — dijo él, apretando su erección contra la cuna de sus muslos .
Y empezó a derretirse en su interior.
— No podemos... no tenemos tiempo.
— Tenemos tiempo — dijo sacando el teléfono del bolsillo, porque estaba sonando, y hablando con alguien en griego — . Es nuestro día, no el de nadie más.
Le acarició el interior de los muslos y Aryana cerró los ojos y relajó la cabeza contra las almohadas, arqueando la espalda. El corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Nik siguió moviendo las manos y ella dejó de pensar en ese momento. Le desabrochó el sujetador lo suficiente para sacar uno de sus pechos y se lo llevó a la boca con fiereza.
Aryana gimió.
— Necesito saber que eres mía — dijo .
Deslizó un dedo bajo sus bragas de encaje y lo enterró en su sexo. Aryana abrió las piernas casi sin darse cuenta y cuando Nik acarició la parte más sensible de su cuerpo, ella gimió y levantó las caderas para animarlo. La besó apasionadamente y siguió acariciándola hasta que una sensación insoportable terminó en una explosión de placer.
— Ah... — suspiró entonces, relajándose por completo.
El teléfono de Nik volvió a sonar. Lo apagó con mano temblorosa. Era extraño, aunque seguía muy excitado, la tensión interior de unos minutos antes había desaparecido. Volvía a sentirse él mismo por primera vez en cuatro días. Ayudó a Aryana a levantarse, le puso el sujetador, le alisó la falda y la condujo al cuarto de baño, donde

no sabía qué hacer con su velo, que estaba arrugado.
— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Aryana, al ver que ella también estaba despeinada y con el maquillaje estropeado — . Nik, ¡eres una amenaza!
Nik se lavó la cara y se peinó con una calma envidiable. Llamaron a la puerta y esta se abrió.
— Los coches ya están aquí, señor Giorgiou. No podemos llegar tarde... — dijo la voz de Damian Callis.
— Llamaré a tu amigo para que te ayude — le dijo Nik a Aryana .
Se miró al espejo y se dijo, furiosa, que debería haberse negado. El sexo siempre había sido su punto débil con Nik, no podía contenerse ni resistir su pasión, pero estaba segura de que él la habría respetado más si hubiera sido menos espontánea y más comedida. Sin embargo, mientras intentaba peinarse y retocarse el maquillaje, tuvo que admitir que, en lo que acababa de ocurrir, ella era la única que había salido beneficiada.
Nik reapareció en el baño un minuto después, con semblante serio.
— Damian envió a tu primo y a los niños a la iglesia. Así que vendrás conmigo y con Tristan.
Aryana se volvió hacia él.
— Pero se supone que tienes que llegar primero.
— Puedes esperar en el pórtico de la iglesia diez minutos, — le sugirió, mirándola con ojos brillantes, como divertido. Por qué te tomas estas tonterías tan en serio?
Aryana se sonrojó y levantó la barbilla.
— Creo que todas las novias lo hacen.
Nik la cogió de la mano y la condujo hasta el ascensor, luego la levantó y la llevó hasta la limusina, que estaba aparcada en la calle.
Aryana sonrió ante la expresión de sorpresa de Tristan Glass. De pronto se sintió avergonzada, recordando la única vez que había visto al amigo de Nik, cuando había descubierto quién era Greco.
Tristan le dio un pañuelo a Nik.
— Tu cara está manchada de pintalabios.
La vergüenza de Aryana aumentó aún más. El otro hombre habría pensado que, además de estúpida, era una zorra que no sabía cómo debía comportarse una novia. Aunque sabía que se estaba preocupando más de lo debido, no pudo evitarlo. Cuando llegaron a la iglesia, Jasmine la ayudó a bajar de la limusina y la acompañó hasta el porche, donde se fijó en su traje de perlas, le dijo que era un gesto muy romántico y la ayudó a ponerse bien el vestido.
Unos minutos después, mientras recorría la nave de la iglesia semivacía del brazo de su prima, Aryana se obligó a pensar que aquello no era un cuento de hadas.
— Es tu sueño, — le susurró su primo en ese momento. No tengas miedo... disfruta del momento.
Aryana recordó que Nik la había dejado sola en Yorkshire, que se había sentido enfadada, frustrada, y respiró hondo. Pensó que Nik no era tan sincero, que era complicado, reservado y arrogante, pero se quedó mirándolo, tan guapo e imponente en el altar, y no pudo evitar apretarse el corazón. Fue entonces cuando se dio cuenta de la realidad, una realidad que la vanidad la había llevado a negar. Amaba a Nik y probablemente siempre lo amaría, hiciera lo que hiciera en el futuro.

Reconocer la fuerza de sus sentimientos fue como romper una cadena en el pecho de Aryana. Nunca había olvidado a Nik y en ese momento estaba a punto de casarse con él. Decidió intentar tener una actitud más positiva. Y justo entonces se encontró con la mirada de una mujer rubia de ojos azules que la estudiaba desde la segunda fila de bancos. Se quedó paralizada y Jasmine tuvo que tirar de ella para que siguiera caminando.

¿Cómo pudo Castaneda ser invitado a la boda? ¿Qué significaba? La mano de Aryana tembló cuando Nik le puso el anillo de boda. Estaba desconcertada y sólo podía pensar en la otra mujer, su menudo cuerpo envuelto en un precioso vestido azul y una chaqueta de encaje negro, su perfecto cabello platino, su rostro angelical. Era aún más hermosa en persona que en las fotografías y Aryana sabía que nunca podría alcanzar su nivel.

¿Qué hace aquí tu exmujer? — preguntó Nik en un susurro, mientras posaba para los fotógrafos, de la mano de él.

Nik le acarició la suave piel de la muñeca para tranquilizarla.

— No tengo ni idea, pero no habría sido educado pedirle que se fuera.

— Quizá no, — admitió, — ¿pero cómo sabía lo de la boda?

Nik la miró con el ceño fruncido.

— Le dije, por supuesto. No quería que se enterara por otra persona. Y estoy seguro de que pensó que quedaría mal si no venía. Y a Cal siempre le gusta causar buena impresión.

La noticia de que Nik y su exmujer se llevaban lo suficientemente bien como para que él le dijera que se iba a casar dejó a Aryana perpleja. El hecho de que Nik utilizara un diminutivo para referirse a ella la preocupó aún más. Aunque cabía la posibilidad de que Castaneda hubiera ido a la boda sólo por curiosidad. Era comprensible. Hacía sólo un par de meses que se había divorciado de Nik.

Aryana miró hacia donde estaba la otra mujer y la vio charlando con Tristan y otros dos amigos griegos de Nik.

— Se lleva muy bien con todo el mundo — observó de mala gana, dándose cuenta de que la otra mujer no se sentía en absoluto incómoda con la situación.

— Cal es prima hermana de Tristan — le dijo Nik — . Y hermanastra de uno de mis abogados. Creo que conoce a casi todo el mundo aquí.

Toda esta información sólo hizo que Aryana se sintiera aún más incómoda. Unos minutos después, la vio subir a una limusina con los tres hombres. Después de la ceremonia, iban a desayunar en un exclusivo hotel londinense. Aryana esperaba que Castaneda no asistiera, pero estaba segura de que se llevaría un chasco. Nada más llegar al hotel, la primera persona que Aryana vio en la recepción fue a Nik, que le sonreía. Besó a Nik en la mejilla y le pidió que le presentara a su mujer.

— Ya he conocido a tu hijo... ¡es un tesoro! Y has sido muy inteligente al traer a este ángel al mundo.

Nik rió suavemente.

— Bartolomé es hermoso, ¿verdad?

— Muy bien — dijo Castaneda, poniendo una mano en el brazo de Aryana para impedir que se marchara .

— Disculpadnos un momento, — las interrumpió Jasmine en tono despectivo. Aryana, tengo que ponerte bien el velo.

Aliviada, Aryana siguió a su prima hasta el otro extremo de la recepción, donde Jasmine le sujetó el velo con fuerza, como le había pedido.
— ¿Quién es ese ganso rubio?
le dijo Aryana y los ojos de Jasmine se abrieron de par en par.
— ¡Cómo ha podido aparecer aquí! — ¡Ninguna novia quiere que su predecesor venga a la boda!
Aryana se sonrojó.
— No quiero armar jaleo, sobre todo porque a todo el mundo le parece bien.
— ¿Con todos te refieres a Nik? — preguntó Jasmine. Esa mujer te está arruinando el día y él, como la mayoría de los hombres, no hace nada para impedirlo.
Odia las peleas de gatos. Así que no diré nada — replicó Aryana — . Si Castaneda soporta verme, yo debo soportar verla a ella.
— Bueno, yo no lo soportaría — admitió Jasmine .
Aryana fue a saludar al resto de los invitados y mostró un gran aplomo. Nik había invitado a varios hombres de negocios, a sus abogados y a un grupo de griegos residentes en Londres. Sorprendentemente, ninguno de sus familiares estaba presente y Aryana temió que su familia se hubiera negado a asistir a la boda porque no aprobaban que Nik se casara con una mujer que no pertenecía a su estatus social.
Aryana había conocido a los abogados de Nik cuando llegaron al hotel con el acuerdo prenupcial. Le habían aconsejado que investigara un poco antes de firmarlo, pero Aryana no había tenido tiempo de consultar con nadie porque había estado demasiado ocupada reorganizando su vida. Sin embargo, Nik no era tacaño con el dinero y ella no necesitaba que él le dijera por escrito que siempre sería justo. Nik le había contado una vez que su padre había sido vergonzosamente tacaño al dar dinero a su madre después del divorcio, y Aryana estaba convencida de que él nunca cometería el mismo pecado.
Cuando todos los invitados fueron recibidos, Aryana vio que Nik y Tristan se acercaban para hablar con Castaneda y decidió ir al baño a refrescarse. No podía negar que Castaneda le había arruinado el día, pero no podía prescindir de su presencia.
Se estaba retocando el pintalabios cuando oyó la puerta y el ruido de unos tacones.
Castaneda apareció junto a él en el espejo y dijo:
— No te preocupes por estar orgullosa de ti misma, por convencer a Nik de que me pida que me vaya. Ha tenido tiempo de sobra para arrepentirse de nuestro divorcio y, por supuesto, no soporta tener que casarse contigo para tener a su hijo. Y le molesta aún más vernos juntos porque... después de todo, no hay comparación, ¿verdad?
Aryana se apartó del espejo, levantó la barbilla y preguntó:
— ¿Nik se divorció de ti?
— Sólo porque no podía darle un hijo — contestó Castaneda alegremente —, pero ahora que tiene uno… Muchas gracias por resolver mi problema. Ahora puedes tenerme a mí y a tu precioso hijo y heredero.
— ¿Qué intentas decir? — preguntó sorprendida Aryana.
— Que los triángulos amorosos nunca funcionan y que Nik pronto te quitará a tu hijo y volverá conmigo — replicó Castaneda con satisfacción — . Era su amante y me temo que una mujer como ella no puede tener otro lugar en su vida.
— ¿Una mujer como yo? — preguntó Aryana, con los ojos brillantes.
— Una zorra de buen corazón — se explicó Castaneda, levantando la vista — . Una

marioneta con grandes pechos y un gran culo. No estás hecha para ser una Giorgiou y tu reinado será corto.
Aryana sacudió la cabeza mientras se dirigía a la puerta: ¿cómo podía Nik haberse casado con semejante víbora? Era obvio que no era tan hermosa como Castaneda, pero no tenía intención de entrar en la discusión, aunque no era nada optimista con lo que Castaneda le había contado sobre Bartolomé y las razones por las que Nik le había pedido que se casara con él.
¿Era posible que lo hubiera hecho sólo para tener los mismos derechos que ella sobre su hijo? ¿Era cierto que se había divorciado de Castaneda porque ella no podía quedarse embarazada? Aryana trató de convencerse de que Nik había pedido a su exmujer que abandonara el matrimonio.
Acalorada y nerviosa, volvió al elegante salón y fue a buscar a su hijo, que estaba con la niñera, para abrazarlo. Desde allí vio cómo Nik y Tristan se separaban de Jasmine después de hablar con ella.
— Es simpática — admitió Nik, una vez sentados a la mesa del desayuno —, pero eso no significa que sea la persona adecuada para ser tu amiga.
— Trata de no juzgarla. Si no hubieras leído ese informe, no sabrías nada de su pasado — comentó Aryana — . Y todos cometemos errores... Te casaste.
— Castaneda — la corrige — . Se fue...
— Estoy contenta — dijo dando un sorbo a su copa de champán .
— No me pareció apropiado que se quedara.
— ¿Por qué te divorciaste de ella? — preguntó ella sin mirarle.
— Porque éramos incompatibles, — Nik respondió sin dudar.
— Esto no es una explicación — exclamó enfadada .
Nik levantó una mano y la atrapó entre sus rizos para obligarla a mirarle.
La mirada de Aryana se encontró con sus ojos oscuros y sintió calor, sin aliento. Nik le pasó la lengua por el labio inferior y ella sintió que se le endurecían los pezones.
— Te quiero — dijo Nik en un susurro.
Ella asintió y sintió que su corazón se contraía mientras Nik devoraba su boca.
Tristan pronunció un breve discurso y Nik rompió el beso y miró a Aryana, que parecía repentinamente divertida. Ella era como un soplo de aire fresco en su vida. ¿Era eso lo que le desconcertaba? Aryana era especial: ¿qué otra mujer habría tolerado la presencia de Castaneda en su boda sin hacer el ridículo?
La vio levantarse para ir a ver a Bartolomé, que la llamaba desde una mesa cercana. El niño estaba cansado, lloraba y se aferraba a los brazos de su madre antes de apoyar la cabeza en su hombro. Nik observó la escena y se sintió culpable por el acuerdo prenupcial que había hecho firmar. Ella era ingenua; él había pensado que no se molestaría en leer todas las cláusulas ni la letra pequeña. Estaba seguro de que a ella no le interesaba su dinero y había sido despiadado con ella, aunque sabía lo mucho que quería a su hijo.
Sin embargo, Aryana no debía averiguar los términos del acuerdo. Si lo hacía, se sentiría terriblemente decepcionada, porque siempre había tenido una muy buena opinión de Nik y lo había creído mucho mejor persona de lo que en realidad era. Nik decidió tomar la copia del documento de Aryana y guardarla en un lugar seguro…

Capítulo 8

El helicóptero aterrizó en un claro iluminado por antorchas en isla Giorgiou.
— Así que esta es la isla donde naciste, ¿es tuya? — preguntó Aryana, mientras Nik la ayudaba a bajar y luego volvía para recoger a Bartolomé y ayudar a la niñera.
— Aún pertenece a mi abuelo. Supongo que si mi padre la hubiera heredado, ya estaría vendida — dijo — . Vendió todo lo que pudo antes de morir.
— ¿Tu familia dio nombre a la isla?
— No. Creo que mis antepasados empezaron a usar ese nombre hace varias generaciones, después de que una disputa familiar los dividiera en dos facciones — explicó Nik, acompañándola hasta su coche .
— Estoy deseando conocer a su familia — mintió Aryana amablemente .
No podía negar que sentía curiosidad, pero temía que la engañaran. Podían reprocharle muchas cosas: la rapidez con que habían organizado la boda, el hecho de que Bartolomé no hubiera nacido de un matrimonio y que ella fuera forastera y no de alto linaje. Estaba segura de que todo ello les llevaría a mirarla con cautela y tal vez incluso con hostilidad.
— Mañana los conocerás a todos — le dijo Nik .
— Pensé que los conocería ahora... esta noche — respondió en tono tenso .
— Ha sido un día largo y no nos quedaremos en la casa principal esta noche. Os presentaremos a Bartolomé por la mañana.
Nik pasó una mano por la espalda del niño y luego lo sentó en el asiento del coche.
— Cuanto antes estés en la cama, mejor. Irene, nuestra ama de llaves, te ayudará esta noche, porque sé que estás cansada. Dejaremos a Irene y Bartolomé en casa de Ágata.
— ¿Abandonar Bartolomé? — preguntó Aryana.
— Relájate. No le abandonaremos en un parque — le dijo Nik en tono divertido — . Pasaremos la noche de bodas en la casa de la playa. Recogeremos a Bartolomé por la mañana, antes de ir a conocer a la familia. A Ágata le gustará ser la primera en conocer a mi hijo.
Al llegar a casa de Ágata, Aryana se dio cuenta de que Nik no había exagerado, porque su llegada causó mucha alegría. Ágata era una mujer regordeta de mediana edad. Saludó a Nik con gran afecto y cogió a Bartolomé en brazos con una cálida sonrisa mientras daba la bienvenida a Irene.
Nik y Aryana volvieron al coche, que poco después se detuvo frente a un camino de arena. El conductor, un hombre joven, sacó sus maletas y empezó a caminar por un sendero.
— Ten cuidado — advierte Nik —, es un camino muy empinado.
— No me habría puesto estos zapatos de haber sabido que veníamos a la playa — murmuró — . Pensé que conoceríamos a tu familia.
— Quería darte una sorpresa.
— Pues lo has conseguido — se rió Aryana .

Miró la playa inmaculada que se extendía a sus pies. El sol ya se había puesto, pero había una hoguera que iluminaba parte de la playa e incluso las olas.
La casa de madera estaba en un extremo.
— ¡Qué hermoso! — Exclamó Aryana al verlo.
Nik la llevó hasta la puerta y a Aryana se le cayó un zapato. Dijo que era lo mejor porque no podía caminar con ellos. Cuando lo dejó en el suelo de madera, Aryana sonrió. Había flores y velas por todas partes. El conductor dejó las maletas y se marchó.
Aryana caminaba descalza por la lujosa casa.
— ¿Quieres champán? — Preguntó Nik.
— Quizá más tarde. Ahora mismo necesito una ducha — admitió, deseosa de quitarse el vestido y la chaqueta. ¿Me bajas la cremallera?
— Si te bajo la cremallera, no podrás ducharte — le advirtió .
Le bajó la cremallera, descorrió la tela del vestido y le besó el hombro.
— Tu piel es tan suave, — dijo suavemente, bajándole el vestido y ayudándola a quitárselo.
— Veo que no podré ducharme — admitió, volviéndose muy despacio hacia Nik .
— En cualquier caso, la ducha será más tarde y probablemente tendréis que compartirla — dijo sonriendo — . Mientras te deje salir de la cama…
Aryana pensó en preguntarle si creía que su trasero era demasiado grande, pero se abstuvo. Intentaba mantener un peso constante, pero nunca le había importado tener curvas. Le molestaba que de repente le molestara su cuerpo.
— Llevas demasiada ropa — comentó en su lugar.
Nik la cogió en brazos y la besó apasionadamente antes de llevarla a la cama.
— Te prometo que vendrán duchas, comida y un comportamiento civilizado.
Aryana recordaba las muchas veces que Nik la había abrazado con entusiasmo nada más cruzar la puerta de entrada. Siempre le había caído bien y había visto en aquel fervor la prueba de que ella era para él mucho más importante de lo que se atrevía a confesar. Por supuesto, la noticia de que iba a casarse con Castaneda había sido muy dolorosa. Entonces Nik la había obligado a darse cuenta de que era peligroso soñar y que había sido una tonta al engañarse a sí misma para sentirse más segura. Sin embargo, en cuanto sus pensamientos tomaron ese rumbo, Aryana los desterró de su mente y se recordó a sí misma que era su noche de bodas.
Nik era su marido y era suyo como nunca, se dijo a sí misma, tratando de desterrar todas las preocupaciones de su mente. Junto con Bartolomé, serían una familia. Y también formarían parte de una familia mucho mayor, que Aryana esperaba poder aceptar, aunque sólo fuera por el bien de Bartolomé.
— ¿Has organizado tú todo esto? — preguntó Aryana, señalando las flores y las velas. ¿Se utiliza habitualmente esta casa?
— Hace mucho que no vengo — admitió, quitándose la camisa — . Eva, la hermana de Tristan, es interiorista y me hizo el favor de prepararlo todo rápidamente. Del resto se encargó el personal de la casa principal.
— Me encantan las velas y las flores — comentó Aryana .
— Sabía que te gustarían... siempre has sido un romántico — bromeó Nik .
— Pero tú lo organizaste, así que también debes ser romántica, — añadió, sorprendida de que Nik hubiera pedido hacer todo eso en su noche de bodas sólo para

complacerla.
— Puede que nunca sea romántica, pero soy lo bastante lista para saber lo que tengo que hacer para complacerte, caramelo.
Hizo un gran esfuerzo por desviar la atención de sus abdominales. Era un hombre extraordinario y estaba con ella, no con el igualmente extraordinario Castaneda. Por un momento la idea la puso nerviosa, pero se reprendió a sí misma por pensar en ello. Nik estaba casado con ella y Castaneda formaba parte de su pasado. Sin prestar atención a sus ataques de inseguridad, Nik se quitó los pantalones y la ropa interior.
A Aryana se le secó la boca y se le aceleró el pulso. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba viendo a Nik desnudarse. El día que había almorzado con él en el hotel y habían terminado en la cama, Nik ni siquiera se había desvestido. Le ardía la cara al recordarlo.
— ¿En qué estás pensando? — preguntó, volviendo a la cama.
Les dijo y Nik se rió.
— No te seduje exactamente, ¿verdad? Estaba caliente como un adolescente, pero al menos usé protección.
— Yo también me dejé llevar — admitió pasándose una mano por la mandíbula —, pero será mejor que tengas cuidado, porque no uso ningún tipo de anticonceptivo.
Nik la hizo tumbarse y se inclinó sobre ella.
— ¿Debo tener cuidado? Echaba de menos tu embarazo con Bartolomé y me gustaría verte así — confesó con ojos chispeantes.
Asombrada, Aryana pensó que ningún otro comentario le habría gustado más. Aunque le sorprendió que Nik quisiera tener un segundo hijo con ella, porque eso significaba que veía su matrimonio como un acuerdo a largo plazo.
— He engordado demasiado — le advirtió .
— Eres hermosa — comentó — . Bartolomé, cómo me gusta tu cuerpo.
— ¿De verdad?
— No puedo dejar de acariciarte, Aryana — gimió, desabrochándole el sujetador para ahuecarle los pechos con ambas manos — . No podría...
El cerebro de Aryana seguía funcionando y la animaba a hacer preguntas de las que necesitaba saber las respuestas.
— ¿Entonces por qué te casaste con una mujer que debe pesar la mitad que yo?
De repente, se hizo el silencio. Nik la miró a los ojos.
— Me casé con ella por las razones equivocadas... y pagué por ello — admitió .
Aryana quería saber más, pero eso podría significar arruinar su noche de bodas con la sombra del pasado. Así que hizo un esfuerzo casi sobrehumano para olvidarlo, porque estaba claro que Nik se arrepentía de lo ocurrido. ¿Era ese arrepentimiento suficiente para satisfacerla? ¿Era suficiente para curar su ego herido?
— Quiero pasarme toda la noche haciéndote el amor — le aseguró Nik —, pero mañana estarás demasiado cansada para conocer a mi familia.
— Ahora me tendrás todas las noches que quieras — le susurró al oído.
— Bueno, te prometo que lo aprovecharé, porque estoy muy necesitado de sexo, — confesó mientras le besaba los pechos y la acariciaba al mismo tiempo. Nunca tengo suficiente de ti y ahora que por fin eres mía, seré muy exigente.
— Promesas... promesas — respondió, sintiéndose cada vez más segura. A Aryana le costaba cada vez más pensar con claridad e incluso hablar.

Nik siguió acariciándola con maestría y ella gimió y enterró los dedos en su pelo mientras él utilizaba su boca para llevarla al clímax.
Aún se sentía débil cuando Nik la tumbó boca abajo.
— ¿Qué haces?
— Hoy estoy en modo dominante, — dijo, agarrándola de las caderas para penetrarla de nuevo, haciendo que el deseo de Aryana volviera a crecer.
De hecho, siempre le había gustado que Nik fuera tan apasionado en la cama. Su comportamiento dominante la hacía sentirse irresistible. Todo su cuerpo se estremeció, le faltó el aire y pensó que el corazón se le iba a salir del pecho. Sintió una oleada de pequeñas convulsiones internas en lo más recóndito de su cuerpo que pronto provocaron una explosión de placer.
— ¿Cómo estás? — dijo con voz temblorosa.
Nik empezó a apartarse de su cuerpo, pero ella le agarró del brazo y le abrió los ojos.
— No, no te vayas. Le odio.
— Yo soy así — contestó Nik frunciendo el ceño .
— Pero no tienes que serlo. Eres capaz de abrazar a Bartolomé.
— Es diferente.
Aryana sabía que estaba entrando en terreno pantanoso y que probablemente no era el mejor momento para quejarse, pero siempre le había dolido que Nik se apartara de ella inmediatamente después de terminar el acto sexual.
— Nunca tuviste problema en abrazarme cuando veías que estaba disgustada por algo, ¿verdad?
— Bueno, no, pero...
— Cree que estoy enfadada — sugirió entusiasmada, pensando que acababa de encontrar la solución perfecta al problema.
Nik la miró fijamente.
— ¿Qué? — preguntó incrédulo.
— Que, después del sexo, piensas que estoy disgustada y que deberías abrazarme.
— No me gusta pensar que estás enfadada después de haberte hecho el amor.
— ¿Por qué siempre tienes un argumento para todo? — protestó Aryana. Intento encontrar una estrategia que nos convenga a los dos.
— Entonces déjalo — le aconsejó Nik, rodeándola con ambos brazos y apretándola contra su cuerpo — . Intentaré trabajar en ello, ¿de acuerdo?
— Por mí está bien — respondió alegremente .
Le acarició el pecho y luego bajó más la mano, para demostrarle que el cambio de actitud también podía tener sus ventajas.
— Muy bien — añadió con voz ronca — . Muy, muy bien.
Una hora más tarde estaban fuera, tumbadas en una enorme tumbona junto al fuego y rodeadas de platos vacíos, prueba de la copiosa cena que habían consumido. Aryana cogió la copa de champán que tenía a su lado y suspiró.
— Qué paz, con sólo el sonido del mar de fondo.
— De niño siempre me encantó este sonido. Mis padres solían traernos aquí y...
Nik se interrumpió a media frase.
Aryana le miró, consciente de que se había puesto tenso de repente.
— ¿Y qué? — preguntó. Es bueno que tengas buenos recuerdos de tu infancia.
— En aquella época, mis hermanas y yo éramos muy jóvenes. Pasó mucho tiempo

antes de que mis padres se separaran... antes de que mi padre conociera al amor de su vida — concluyó Nik con amargura .
— Y... ¿quién era? — continuó Aryana.
Era la primera vez que Nik hablaba del divorcio de sus padres y ella quería saber más.
— una modelo inglesa llamada Marianne. Era su amante, pero cuando se quedó embarazada, por accidente, de un niño que resultó no ser de mi padre, este decidió que no podía vivir sin ella.
— Wow, — dijo Aryana en voz baja, incómoda por las similitudes entre su relación y la del padre de Nik con su amante.
Se dijo que quizá por eso Nik siempre había mantenido cierta distancia emocional con ella.
— Un verano, mis hermanas y yo volvimos a casa del internado y descubrimos que nuestras vidas habían cambiado. Mi padre se había divorciado de mi madre y la había metido en un piso en Atenas. Ya no podíamos venir a Giorgiou ni quedarnos en nuestra casa porque mi padre, y apenas le llamo así, se había casado con Marianna y ella se había negado a tener cerca a los hijos de su primer matrimonio.
A Aryana le sorprendió oírle hablar con tanta amargura, pero podía imaginar lo horrible que debía de ser para él y sus hermanas, ver a su madre rechazada y sentirse excluidos de todo lo que una vez había sido suyo.
— ¿Y tu abuelo no intervino? Primero dijo que la isla era suya.
Mi abuelo no podía renegar de su propio hijo y, por supuesto, tampoco quería enemistarse con su nueva nuera. Sin embargo, lamentaba no haber hecho más por ayudar a mi madre, pero en aquel momento estaba centrado en intentar reparar el daño que las extravagancias de Richiardo y su nuevo matrimonio habían causado a la familia y al negocio.
— ¿Seguiste en contacto con tu padre después del divorcio? — preguntó Aryana.
— No, después de verlo la primera vez, lo volví a ver, — le dijo. Mi padre destruyó a su familia en nombre del amor y mi madre nunca se recuperó del golpe.
Aryana por fin, empezaba a entender por qué Nik había llegado a la conclusión de que las emociones humanas podían ser tóxicas. De niño, había visto las peores consecuencias de lo que creía que era amor, cuando su padre había sacrificado a su familia para estar con la mujer con la que él quería estar.
— No se puede decir que el amor de un padre por su hijo sea destructivo — comentó Aryana .
— Un hombre de principios puede hacer lo que tiene que hacer por su familia sin hablar de amor — replicó abrazándola — . No necesito amarte para cuidar de ti.
A Aryana le ardían los ojos. Estaba claro que ella no le había importado nada a Nik cuando había decidido casarse con Castaneda dos años antes, pero era un recuerdo que prefería no volver a despertar. En lugar de eso, dejó el vaso y apoyó la cabeza en el hombro de Nik.
— Amo a Bartolomé — continuó, tras una reflexión inusual en él —, pero porque es un ser pequeño e indefenso. Es como un cachorro de gato o de perro. Antes de irme de Yorkshire le hice muchas fotografías, y después me moría de ganas de volver a verlo.
Aryana sintió una triste envidia de su hijo por haber captado la atención de Nik en tan poco tiempo.
— Yo también quería verte... verás, me moría de ganas de que te unieras a mí en la

iglesia — confesó Nik, frotando la barbilla en el suave cuello de ella .
Por fin se sentía en paz después de mucho tiempo y se preguntaba qué tenía Aryana que le producía tal efecto.
— No sé por qué vine a verte. Fue una locura.
— No me importaba — replicó Aryana, girándose en sus brazos para mirarle a él en lugar de a las estrellas .
La expresión de su cara era de diversión por su propio comportamiento aquella mañana y estaba claro que aún pensaba en ello.
— La verdad es que, en el fondo, creo que tenía miedo de que no vinieras a la iglesia... ¿Es absurdo?
Pensó que si Nik hubiera sabido cuánto lo amaba, no habría tenido esa duda. Por mucho que se enfadara con él, nunca le habría llevado al altar.
— Dios mío, qué casa más grande — susurró Aryana cuando el todoterreno se detuvo frente a una enorme casa encaramada en lo alto de una colina y rodeada de un hermoso jardín tropical .
— Tenía que ser lo bastante grande para que se reuniera toda la familia, así que casi todas las nuevas generaciones la han ampliado desde que se construyó.
Aryana notó que estaba tenso. Nik bajó del coche para desatar a Bartolomé, que estaba en la calesa, mientras Irene y Ágata subían las anchas escaleras hasta la puerta principal, que estaba abierta.
El ama de llaves les estaba esperando, pero Nik no se molestó en presentar a Aryana y Bartolomé, se limitó a entrar en la casa.
— ¡Nik! — exclamó Aryana, tratando de seguirle — . Si hay mucha gente, ponme con Bartolomé. Se siente incómodo cuando hay extraños…
Apretó la mandíbula y estiró al niño. Aryana lo tumbó de lado y añadió:
— Y sonríe, por favor. No importa lo que tu familia piense de mí... tienes que darles tiempo...
El elegante salón guardaba proporción con la casa, era enorme, y Aryana se quedó perpleja al ver que estaba lleno de gente, tanto de pie como sentada. Nik tenía una familia mucho más numerosa de lo que ella había pensado. Cuando entraron en la sala, todos se volvieron para mirarlos, y a Aryana se le apretó el estómago y tuvo que respirar hondo para intentar calmar los nervios.
— Hoy te he pedido que vengas a conocer a mi mujer — anuncia Nik, rompiendo el imponente silencio — . Esta es Aryana. Nos casamos ayer y...
Se oyó un ruido en un rincón y un anciano se levantó y golpeó el suelo con su bastón. Tenía el rostro rígido y hablaba con enfado, en griego, a Nik. Este le contestó en el mismo idioma y luego puso la mano en la espalda de Aryana para indicarle que se dirigiera a la puerta.
— Nos vamos — dijo .
Una joven alta y delgada se acercó a ellos.
— ¡Por favor, Nik, no te vayas! Soy Sofía, la hermana menor de Nik. Nik, ¿por qué no nos dijiste que te ibas a casar?
Aryana dejó de caminar y pasó a Bartolomé de cadera.
— ¿No te dijo que se iba a casar? — preguntó incrédula.
— No, sólo nos dijo que quería sorprendernos. Por eso estamos hoy aquí reunidos.
— Tenemos que irnos, Aryana, — le recordó.

Pero Aryana se volvió antes de que abriera la puerta y dijo:
— Nik debería haberte dicho que nos íbamos a casar. No tenía ni idea...
— Aryana — la interrumpió él, poniéndole la mano en el hombro .
— Lamento tener que criticarte delante de tu familia, pero deberías haberles avisado. Es evidente que están sorprendidos, y cuando uno está sorprendido a veces dice cosas que no piensa — dijo mirando al anciano, que debía de ser el abuelo de Nik, Bartolomé Giorgiou — . No tiene sentido andar con la cabeza en las nubes.
— No estoy enfadado — gruñó Nik entre dientes, indignado de que Aryana se volviera contra él delante de su familia .
— Quizá deberíamos hablar de ello, — admitió el mayor, todavía en tono negativo. Tu mujer tiene razón. Hablé precipitadamente y sin pensar.
— Te insultó — le dijo Nik a Aryana .
— No hay problema. Sólo me ofendería si estuviera en mi idioma — respondió — . ¡Y no entiendo una palabra de griego!
— Nik y sus hermanas fueron a colegios ingleses — le dijo el viejo, sonriendo de pronto — . Siéntate y háblame de ti. No puedo estar de pie mucho tiempo.
Sorprendido, Nik observó cómo Aryana charlaba con su abuelo como si lo conociera de años, mientras él mismo quedaba relegado a un segundo plano.
— Perdone mi descortesía — murmuró Bartolomé — . Soy el abuelo de Nik, Bartolomé Giorgiou.
— Y yo soy Aryana, que no es un diminutivo de ningún otro nombre.
— ¿Y su hijo?
— Nuestro hijo — le corrige Nik con orgullo — . Tu bisnieto se llama Bartolomé Nikos, pero nosotros le llamamos Bartolomé.
Sorprendido por la revelación, el anciano observó al niño arrastrarse por el suelo con toda la energía de un niño que lleva demasiado tiempo quieto.
— Bartolomé — repitió, rompiendo el tenso silencio que llenaba la habitación —, ¿pero te casaste ayer?
— Nik sabe lo de Bartolomé desde hace mucho tiempo — le dijo Aryana — . Hacía varios años que no hablábamos…
Nik apretó los dientes.
— No hay necesidad de hablar de ello.
— Claro que sí. No quiero que la gente piense que tengo una aventura con un hombre casado — declaró Aryana sin vacilar.
Sabía que Nik no la comprendía porque le era completamente indiferente lo que los demás pensaran de él, pero Aryana no quería que esa estigmatización recayera sobre su familia. Podía no gustarle Castaneda, pero jamás tendría una aventura con un Nik casado, con o sin la aprobación de su esposa.
Un bisnieto con el mismo nombre que el mío...
Bartolomé estaba decidido a centrarse en los aspectos positivos y decidió ignorar las palabras de su sobrino.
Un chico guapo, ¡y nada tímido! — añadió riendo.
Bartolomé se había acercado a otro niño que tenía un montón de juguetes esparcidos por el suelo y cogió el primer objeto de color que se le puso delante.
— Háblame de ti — pidió el anciano a Aryana .
— Aryana no ha venido aquí para ser entrevistada — interviene Nik con frialdad .

— Tengo mucha sed, ¿te importaría traerme algo de beber? — preguntó Nik.
Como era de esperar, Nik chasquea los dedos y enseguida llega una camarera.
Aryana miró a Bartolomé, que sonrió, y sonrió también al darse cuenta de que su estrategia no había funcionado. Hubiera preferido no tener a Nik a su lado, dispuesto a defenderla en todo momento. Era la primera vez que se comportaba así y a Aryana le sorprendió que fuera tan frío y reservado incluso con su familia. También la entristeció. Nik era un lobo solitario, ¿cómo podía ser tan cerrado y frío cuando tenía una familia tan grande y aparentemente tan unida?
Bartolomé volvió gateando hacia su madre, se agarró a sus rodillas para incorporarse y luego se acercó a las piernas de su padre. De repente, Nik se relajó y le sonrió, levantó a su hijo y lo llevó de vuelta a donde estaban los juguetes.
— Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi sonreír a Nik — admitió Bartolomé .
— No vengo de una familia rica. Tuve una tienda. Soy una trabajadora normal y corriente — explicó Aryana antes de que Nik se volviera y censurara la conversación — . Quiero que lo sepas desde el principio.
— Hace años, no muchos, que aprendí que eso no importa — admitió Bartolomé encogiéndose de hombros — . Y me temo que debo contradecirte en una cosa. Una mujer corriente jamás podría tratar a Nik y a la familia Giorgiou con tanta tolerancia y sentido común.
Esa fue la última vez que Aryana habló en privado con Bartolomé. Después, le presentaron uno a uno a los tíos, tías y hermanas de Nik, incluida, para su sorpresa, su hermanastra Melissa, que no había sido aceptada en la familia durante media vida por ser fruto de un romance juvenil con Richiardo Giorgiou.
— Una vez que los conoces, no son malas personas — sonríe Melissa — . Hay un poco de rivalidad entre hermanos, como siempre, pero todos quieren a Nik. Él me ayudó a entrar en la familia y es la primera persona a la que llamamos cuando tenemos un problema. Espero que no le importe. Castaneda no lo soportaba.
A juzgar por los diversos comentarios, Aryana tenía la impresión de que a la primera esposa de Nik no le había ido bien en la familia. No pudo evitar sentir curiosidad por su predecesora, aunque sabía que era inútil y que podría descubrir cosas que la perjudicarían. Nik se había casado con otra mujer. — Supéralo —, se ordenó impaciente, decidida a no dejarse atormentar por las sombras del pasado.
— Si tu mujer es la persona que aparenta ser, es oro macizo — le dijo el abuelo a Nik .
— En lo que respecta a Aryana, no necesito la aprobación de nadie — respondió secamente .
Poco después, Irene había llevado a Bartolomé a nadar y los invitados habían empezado a dispersarse por la enorme casa, así que Aryana aprovechó para explorar los hermosos jardines. Finalmente, se sentó a la sombra de un viejo castaño para disfrutar de la increíble vista de la isla y el mar.
Estaba agotada, pero contenta de que la reunión con la familia de Nik hubiera ido bien.
Al pensar en lo agresivo que se había vuelto Nik con su propia familia, dispuesto a atacar a cualquiera que la agrediera, suspiró y trató de relajarse.
— Te he buscado por todas partes — dijo Nik, acercándose a ella — . Arriba, abajo...
— Quizá deberías ponerme un microchip, así sabré siempre dónde estoy — replicó Aryana .

Luchó por controlar su exasperación y exhaló. Aryana parecía muy guapa y feliz, y él no podía explicarle que temía que, aunque había estado fantástica delante de su familia, se sintiera herida por la forma en que esta la había recibido.
— ¿Estás bien?
— cansada — admitió, mirándole a los ojos —, pero anoche, no dormimos mucho…
Nik se sonrojó ligeramente y le brillaron los ojos. Sonreía de un modo muy sensual y Aryana pensó que le encantaba. Lo deseaba demasiado.
— ¿Qué te preocupa?
— No estoy preocupada — le aseguró — . Este jardín es maravilloso y lo estoy disfrutando.
Recordó las plantas que Aryana había cuidado en el piso y le remordió la conciencia. Recordó el sentimiento de tristeza que le había producido ver que, en cuanto Aryana se había marchado, las plantas habían muerto. Sin embargo, intentó no pensar en aquella época de su vida.
— Hace tiempo que debería haberte comprado una casa con jardín.
— La única vez que estuve en una casa con jardín fue cuando visitamos a mi abuelo — le dijo Aryana — . Le gustaba plantar verduras para mí. Aunque eso fue antes de que empezara a jugar y a beber, y empezara a llevar una vida mucho menos activa.
Nik frunció el ceño al darse cuenta de lo poco que sabía sobre la infancia de su esposa. Se sorprendió de no haber preguntado nunca por ella. Supuso que, como ella le había dicho que ya no tenía familia, no había creído necesario indagar más.
— ¿Era un borracho?
— No, eso es demasiado decir. Bebía para escapar del mal genio de mi abuela, que siempre tenía un carácter muy agrio. Sin embargo, aunque bebía, mi abuelo nunca se puso malo, pero pronto tuvo problemas de riñón y estuvo enfermo mucho tiempo. Fue entonces cuando dejé de ir a la escuela, porque mi abuela no le cuidaba bien y yo me sentía culpable si no hacía algo por él.
— ¿Y no recibió ninguna ayuda del Estado?
— No, a mi abuela le dijeron que yo no estaba lo bastante enferma como para ingresarme en una residencia, a pesar de ser una enferma terminal. Cuando murió, me quedé sola con mi abuela... que nunca me quiso porque decía que le recordaba a mi madre.
Aryana hizo una mueca.
— En realidad, no guardo rencor. Mi madre me dejó allí y nunca volvió. Y mi abuela era una mujer negativa, a la que todo el mundo le parecía mal. Volví a la escuela, pero entonces mi abuela también enfermó y tuve que dejarlo.
Nik se quedó muy sorprendido.
— ¿Y por qué me entero de todo esto ahora? — preguntó, casi culpándola de la falta de información.
— Nik, hace un par de años yo no existía para ti cuando no me tenías delante en carne y hueso — le dijo Aryana .
— Esto no es cierto.
— ¿No recuerdas que una vez te dije que me tenías escondida en un cajón del armario y que sólo me sacabas en ocasiones especiales? Lo decía en serio, así me tratabas.
Estaba muy serio.
— Lo que me estás diciendo es que soy el individuo más egoísta del mundo.

— Estabas muy centrado en tus cosas. Cuando estábamos juntos siempre estabas pensando en el trabajo. También eras muy consciente de la diferencia social que había entre nosotros. Y creo que habrías preferido que nadie te recordara que me habías conocido mientras trabajaba de limpiadora — dijo en tono amable.
— ¡No puedo creer que estemos teniendo esta conversación! — Escupió con rabia —, ¡no puedo creer que tengas una opinión tan baja de mí!
Frustrada, Aryana cerró los ojos y contó hasta diez.
— Todo está en el pasado, Nik. No te estoy atacando. Sólo estoy siendo honesto. Yo tampoco era perfecta. Debería haberte plantado cara, debería haberte exigido más, pero era demasiado joven y aquella fue mi primera relación.
— Me mentiste sobre tu edad — le recordó .
Aryana asintió, tranquila, negándose a hablar de su pasado con Nik.
Al fin y al cabo, todo había cambiado y empezábamos de cero.
— Tengo que ir a trabajar — anunció .
Aryana sonrió; sabía que cuando se sentía amenazado emocionalmente, siempre se refugiaba en su trabajo.
— Volveré a casa contigo.
Nik se llevó el ordenador a la biblioteca, donde tenía todo lo que necesitaba para trabajar. Todavía enfadado, pensó que no era ni había sido nunca egoísta. Pero Aryana tenía razón en un punto: no tenía sentido darle vueltas al pasado. Así que intentó concentrarse en el trabajo y lo consiguió, hasta que recordó el acuerdo prenupcial. Llamó al ama de llaves para preguntarle dónde estaban los efectos personales de Aryana.
Entonces pensó que ni al diablo se le habría ocurrido escribir un documento más cruel y egoísta. Y se sorprendió de lo que estaba a punto de hacer, aunque pensó que era probable que Aryana nunca sacara el documento para volver a leerlo. Sin embargo, estaba decidido a no correr el menor riesgo. Se dijo a sí mismo que siempre había sido sincero con ella. Luego, sudando, estudió las cajas que contenían todas las cosas de su mujer y reconoció que el acuerdo prenupcial podría haber perjudicado a Aryana, y se aferró a esta excusa para justificar lo que estaba a punto de hacer.
Era la primera vez que Nik buscaba algo en una caja y le sorprendió ver lo bien que Aryana lo había organizado todo. Todas las cajas tenían etiquetas detalladas de su contenido. Encontró el contrato en la segunda carpeta y la abrió, no sin antes leer con sorpresa un certificado de cata de vinos y otro de arte. Y hojeó todo el expediente, comprobando las fechas y descubriendo muchas cosas que debería haber sabido años antes.
Le escocían los ojos y se sentía extrañamente vacío, como si alguien se los hubiera vaciado sin previo aviso. Volvió a dejar todo como lo había encontrado, excepto el contrato, y se fue a tomar una copa. Se aseguró de destruir completamente el contrato, pero no sintió el alivio que esperaba. Había leído documentos que no eran suyos y se merecía esa sensación de desasosiego.
— Bartolomé quiere que tomes el té con él — le dijo Sofía a Aryana hacia las tres de la tarde — . Es un gran honor.
Aryana sonrió.
— Me ha gustado.
— Bueno, supongo que va en ambos sentidos — admitió la hermana de Nik riendo.

Luego acompañó a Aryana a la zona de la casa donde vivía el anciano.
Un camarero la condujo a una gran terraza cubierta donde la esperaba Bartolomé.
— Entiendo que es un honor — dijo Aryana, sonriendo .
— ¿Cómo te escapaste de Nik? — preguntó el abuelo en tono de broma.
— Dije algo que le hizo enfadar... y se refugió en el trabajo — confesó, sorprendida de lo cómoda que se sentía en compañía de Bartolomé.
— He oído la conversación — admitió el anciano, dejándola perpleja — . Este balcón está justo encima de donde estabas.
Ruborizada, Aryana se sentó.
— Todo queda en familia — comentó .
Nunca habían tenido una discusión acalorada ni se habían dicho cosas desagradables, así que ni siquiera era tan grave, aunque estaba segura de que a Nik no le habría gustado nada saber que su abuelo le había escuchado.
— Pensé que sería bueno contarte un poco de nuestra historia familiar, ya que dudo mucho que Nik lo hiciera — comentó Bartolomé .
— Sé que sus padres se divorciaron —, añadió, — y sé que posteriormente perdió el contacto con su padre .
— Richiardo era un hombre débil, aunque tardé muchos años en reconocerlo, porque era mi hijo…
— Es difícil aceptar los defectos de las personas que más queremos — murmura Aryana .
— Quieres mucho a Nik, es evidente — le dijo Bartolomé — . Es un hombre muy afortunado.
Aryana decidió no intentar contradecirle y se entretuvo sirviendo té.
— Espero que se dé cuenta de lo afortunado que es — dijo finalmente — . Es una persona mucho más complicada que yo…
— Por eso te he invitado a tomar el té — dijo — . Me temo que soy responsable de esta complejidad. He criado a Nik desde que tenía once años, cuando murió su madre.
— No sabía que lo había echado de menos cuando Nik era tan pequeño — admitió sorprendida mientras untaba una magdalena con mantequilla y se debatía entre la mermelada de frambuesa y la de fresa .
— Martha nunca superó el divorcio de Richiardo por Marianne. Y no me di cuenta de lo mucho que sufría la madre de Nik — comenzó a relatar Bartolomé — . Quizá si mi mujer hubiera sobrevivido, habría sido capaz de prever lo que iba a ocurrir y me habría pedido ayuda para evitar una tragedia.
Aryana dejó el panecillo que estaba comiendo.
— ¿Una tragedia?
— Martha se ahorcó... y fue Nik quien la encontró — explicó el anciano — . Y me sentiré culpable el resto de mi vida.
Aryana palideció.
— No tenía ni idea...
— Lo pensé, por eso te lo dije — confesó Bartolomé. El efecto en Nik fue catastrófico. Había perdido a su padre, su hogar y luego a su madre.
Aryana sacudió lentamente la cabeza, pensando en lo mucho que debían de haber sufrido Nik y sus hermanas.
— Debió de ser horrible para él — murmuró con el corazón encogido — . Es posible

que se sintiera culpable…
— Temía que Nik hubiera heredado la impulsividad de sus padres y la intensidad emocional que los hacía tan inestables.
— No lo creo — comentó .
— Quería asegurarme de que Nik no cometiera los mismos errores que su padre. Era una responsabilidad demasiado grande para un niño. Creo que le enseñé los valores equivocados — admitió Bartolomé — . Tenía esperanzas, quería que se casara con una mujer rica de clase alta, y lo conseguí.
— Sin embargo, — interrumpió Aryana —, Nik es un hombre muy inteligente y completamente independiente, y tomó sus propias decisiones.
— Sí, y se casó contigo sin decírnoslo porque no quería arriesgarse a que me interpusiera en sus planes.
— Probablemente — admite Aryana pensativa —, aunque quizá no sea plenamente consciente de ello porque le cuesta descifrar sus propios sentimientos.
— Lo conoces muy bien — admitió Bartolomé — . Ahora que ha pasado lo más difícil, ¿disfrutamos de la merienda?
Nik estaba al teléfono con Tristan, haciéndole preguntas incómodas que no podía responder.
— No lo entiendo — dijo su mejor amigo — . Te casaste ayer. Hoy has llegado a casa de tu familia. ¿Por qué quieres volar a Atenas sólo para cenar en un restaurante de lujo?
— Mañana es el cumpleaños de Aryana.
— Entonces tráela a cenar mañana.
— Quiero hacerlo esta noche. ¿Quieres unirte a nosotros? Aunque, si mencionas el griego, te prometo que te mataré.
— Por supuesto que te acompañaré.
Aryana estaba secando a Bartolomé después del baño y poniéndole el pijama cuando Nik apareció en la puerta del cuarto de baño.
Cogió a su hijo en brazos, le abrazó, voló y le hizo reír.
— Está cansado, — comentó entonces, apoyando la cabeza en su hombro.
— Fue un día emocionante y siempre es agotador para él estar con otros niños — dijo Aryana, llevando al bebé a su habitación y colocándolo en su preciosa cama .
— Esta habitación necesita una renovación — comentó Nik, mirando a su alrededor. Aryana se echó a reír.
— Está bien. Tal vez tenga detalles más femeninos, pero Bartolomé no se da cuenta de la diferencia.
— Fue decorado para la hija pequeña de Sofía. El parto fue muy difícil y su marido viajaba mucho, así que Bartolomé le sugirió que viniera aquí cuando estuviera sola — explicó Nik .
— Sofía es adorable — comentó Aryana en tono cariñoso .
— Vamos a salir esta noche — anunció bruscamente .
— ¿Adónde vamos?
— A Atenas.
Esto la sorprendió.
— ¿Atenas? ¡Pero si acabamos de llegar!
— Sólo estaremos fuera unas horas — respondió Nik — . Vamos a cenar con Tristan y

su novia.
— ¿Vamos a celebrar la boda o algo así?
— No que yo sepa. ¿No quieres salir conmigo? — preguntó Nik con frustración.
Estuvo a punto de decirle que le parecía extraño que quisiera estar con ella en público, pero se contuvo. No quería sacar a relucir el pasado, ya que su reciente matrimonio les había llevado a una nueva situación. Supuso que, para Nik, coger un helicóptero sólo por una noche era casi normal. Por lo tanto, decidió no hacer más preguntas, aunque le preocupaba qué ponerse para la ocasión.
Se alegró de haber ido a comprar ropa más elegante y cara justo antes de la boda y eligió un vestido color plomo de la cómoda donde todas sus cosas habían sido cuidadosamente ordenadas. Mientras se duchaba y se maquillaba, pensó en la extraña actitud de Nik.
— ¿Qué te parece? — preguntó poco después, apareciendo en el dormitorio, ya vestida.
Le brillaban los ojos.
— Te ves fantástica, — comentó. ¿Nos vamos?
Aryana se sentía bien, aunque seguía sin darse cuenta de que Nik había estado casado con una belleza como Castaneda y que su segunda esposa, mucho menos guapa, también tenía un aspecto increíble.
— ¿Podemos dormir a Giorgiou? — preguntó mientras subían al helicóptero.
— Sí, pero si prefieres quedarte en Atenas, la familia también tiene un piso allí, — respondió.
— No, prefiero estar con Bartolomé en el desayuno, siempre es muy cariñoso y se alegra de verme — admite Aryana .
Cuando el helicóptero despegó, Nik se acercó a ella y le pasó los dedos por el pelo rizado. Le dio un apasionado beso en los labios que la sorprendió y excitó.
Desconcertada, miró a Nik, que sonreía de oreja a oreja y acababa de agarrarla de la mano. Pensó que algo estaba pasando, pero no sabía qué…

Capítulo 9

Aryana entró en la elegante galería de arte con una mano apoyada en el brazo de Nik. El dueño les saludó con una sonrisa. Mientras recorrían la exposición a solas, les ofrecieron vino. Aryana estaba realmente aburrida, pero intentó no demostrarlo.
— ¿Ves algo que te guste? — preguntó Nik, aparentemente sorprendido por el silencio de su esposa.
— No soy aficionada al arte. De hecho, prefiero las obras más tradicionales —, admitió en un susurro.
Entonces vio la inconfundible figura de Castaneda al otro lado de la habitación y se tensó.
— ¿Qué demonios? — murmuró Mario con rabia al verla.
— Yo me encargo — anunció Aryana, sorprendiéndole .
Cruzó la habitación a paso ligero, con su copa de vino en la mano.
— ¿Cómo sabías que estaríamos aquí? — preguntó directamente la exmujer de Nik.
Los ojos azules de Castaneda brillaron.
— Tengo mis fuentes. ¿No te sientes un poco fuera de lugar aquí?
— Me temo que eres tú la que está fuera de lugar. Nik no volverá contigo — replicó Aryana — . Estás perdiendo el tiempo.
— No lo creo. Conozco los términos de tu acuerdo prenupcial, así que sé que no estarás mucho tiempo con él, le dijo Castaneda. Lo firmaste sin leerlo, ¿verdad? Te darás cuenta cuando Nik te deje en Londres, ¡pero sin tu precioso hijo!
Aryana se negó a reaccionar, no quería darle a Castaneda semejante satisfacción. Era evidente que la mujer la odiaba, a pesar de que no le había hecho nada más que casarse con Nik y tener un hijo suyo. Se dijo que quizá Castaneda seguía enamorada de él y que el hecho de que Nik se hubiera vuelto a casar tan pronto la había enfadado.
Nik se acercó a ambos y, sin mediar palabra con su exmujer, agarró a Aryana del brazo y la sacó del túnel.
— Sólo hay dos personas que sabían que estaríamos aquí hoy, y una de ellas es Damian, en quien confío plenamente — dijo — . Ya le he llamado, averiguará quién filtró la información y despedirá al responsable.
— Y quizá también deberías deshacerte del abogado, que dijiste que era su medio hermano, ¿no? Aparentemente, compartió información confidencial contigo.
Nik frunció el ceño.
— ¿Qué tipo de información?
Aryana se encogió de hombros, como si se refiriera a algo trivial. No quería pensar mal de Nik ni creerse las palabras de Castaneda. Habría buscado el acuerdo prenupcial y lo habría leído detenidamente, o habría pedido a un abogado que le echara un vistazo. Sin embargo, no podía evitar sentir miedo. Si Castaneda tenía razón, su matrimonio no era más que una farsa para obtener de Nik la custodia legal de Bartolomé. Y no podía serlo.
— Tu ex es un poco psicópata, — comentó mientras esperaban sentados en la

limusina.
— Y probablemente me lo merezco — admitió .
— ¿Qué te pasa? — preguntó Aryana antes de entrar en el moderno restaurante.
— Nada — insistió .
Le pareció que Nik actuaba de forma muy extraña. No dejaba de cogerla de la mano, como si no pudiera separarse de ella o, lo que era aún más ridículo, como si temiera que huyera.
Pero no iba a ocurrir, estaban casados y ella no se iba a ir a ninguna parte, pensó Aryana mientras Nik charlaba con Tristan e intentaba escuchar a su prometida, Claire, una modelo británica, que le hablaba de autobronceadores y de la nueva línea de cosméticos que estaba a punto de lanzar.
Nik le pasó un dedo por el muslo por debajo de la mesa y ella se tensó, no por la caricia, sino por lo que Castaneda había dicho. Tendría que hablar con Nik al respecto.
Se preguntó si realmente era capaz de engañarla. Sí, lo era, no le cabía duda.
De vuelta en el helipuerto, Aryana se preguntó cómo podía amar a un hombre así.
— ¿Qué opinas de Claire? — preguntó Nik, rompiendo el silencio. En realidad quería saber qué le había dicho Castaneda a Aryana.
— Muy hablador y elegante. Agradable.
Y experta en autobronceadores. Debe de ser muy buena en la cama —, comentó Nik con ironía.
— ¿Por qué dices eso? ¿Es lo primero que pensaste de mí? Porque, sinceramente, yo tampoco he tenido muchas conversaciones intelectuales.
— No estamos hablando de ti, — respondió Nik. — Nunca has sido tan vanidoso y frívolo.
— La apariencia de Claire es la base de su carrera, por lo que no es justo decir que es vanidosa y frívola.
Mientras decía esto, Aryana se preguntaba por qué estaba hablando con Nik de algo que no le interesaba. Se dio cuenta de que estaba nerviosa e insegura.
Se preguntó qué haría si el hombre al que amaba resultara ser su peor enemigo en lugar de su marido. ¿Cómo habría reaccionado si Nik hubiera intentado arrebatarle a Bartolomé? Empezaron a ocurrírsele ideas absurdas y pasó todo el viaje de vuelta a Giorgiou en silencio y muy tensa.
— Me gustaría que me dijeras qué te pasa — pidió Nik al ver que Aryana no quería agarrarse a su brazo para ir del helipuerto a la casa familiar.
— Hablaremos de ello dentro, donde nadie pueda oírnos — respondió ella en un tono frío que nunca antes había empleado con él.
Completamente tenso, Nik subió las escaleras detrás de ella. La vio detenerse en el pasillo que formaba parte de su habitación y quitarse los tacones.
Entonces Aryana lo miró y empezó:
— Castaneda me dijo que el acuerdo prenupcial que firmé dice algo así como que te quedarás con Bartolomé en Grecia si rompemos.
soltó Nik, furioso porque alguien hubiera filtrado semejante información. No sabía qué decir en su defensa.
Aryana descifró inmediatamente su expresión.
— Así que es verdad... este matrimonio no fue más que un cruel engaño.
— El acuerdo prenupcial ya no existe. Destruí tanto tu copia como la mía e informé a mi

abogado de que no quiero ningún rastro de él — respondió finalmente Nik — . Eso es el pasado. Nunca debí hacer algo así.
— ¿Y cómo has destruido mi copia? — preguntó Aryana sorprendida.
— Miré en tus cajas — admitió Nik. Ella lo miró incrédula.
— Me di cuenta de que lo que había hecho estaba mal y quise destruirla. No quería que se diera cuenta de lo que había pretendido hacer.
— Bueno, ya no tienes que preocuparte. Me enteré de tus planes mucho antes de lo que pensaba — comentó Aryana, sabiendo que si Nik había destruido el documento era porque después había cambiado de opinión.
Al menos se dio cuenta de que había hecho algo mal. Nik la miró fijamente.
— No quería perderte — admitió .
— No querías perder a Bartolomé — le corrige ella — . Ojalá hubieras sido sincera desde el primer momento. Creo que soy una persona razonable y, desde que reapareciste en mi vida, he estado dispuesta a compartir a Bartolomé contigo de forma honesta y justa.
— Y mi acuerdo prenupcial fue un golpe bajo — admitió con una humildad que sorprendió a Aryana .
— Típico de ti — replicó ella — . Siempre has sido listo, mezquino y frío.
— Nunca fui fría contigo. Hice redactar así el acuerdo prenupcial porque... —, vaciló Nik, — no porque quisiera alejar a Bartolomé de ti, sino porque...
— ¿Por qué? — preguntó frustrada.
— Porque sabía que nunca querrías separarte de él y eso significaba que tú tampoco podrías separarte de mí.
— Pero no tenía intención de separarme de ti.
— ¡Ya me dejaste una vez! — protestó Nik.
Aryana le miró fijamente.
— ¿No crees que tenía una buena excusa para hacerlo, ya que estabas a punto de casarte con otra mujer? — dijo en tono amable.
Se quedó inmóvil, como si le hubiera abofeteado. Luego suspiró.
— Mi matrimonio con Castaneda fue el peor error de mi vida... aunque en aquel momento pensaba que estaba haciendo lo correcto.
Aryana pensó en lo que Bartolomé le había contado sobre cómo había criado a Nik y los valores que le había transmitido y contuvo un suspiro.
— No era adecuado para ti.
— Siento haberte hecho daño — se disculpó Nik, arrepentido — . Si pudiera volver atrás y cambiar las cosas, lo haría… pero no puedo. Si te sirve de consuelo, yo también me he hecho daño. Si te sirve de consuelo, yo también me he hecho daño. Durante dos años fui infeliz porque ya no estabas en mi vida. Desde entonces, el día más feliz fue cuando supe dónde vivías.
Conociendo a Nik, Aryana se sorprendió de que admitiera esto. No pudo evitar acercarse para abrazarlo.
— A veces eres un idiota, — susurró.
— Sinceramente, nunca pensé que me dejarías. Y cuando llegué a casa y lo encontré vacío… Bueno, digamos que fue un momento muy difícil. Intenté no sentirme culpable, pero no pude evitarlo — continuó — . También fue un momento difícil para Castaneda, porque yo no quería estar con ella, quería estar contigo, y cuando desapareciste, lo

único que hice fue pensar en ti.
Aryana comprendió entonces por qué la exmujer de Nik la odiaba tanto.
— ¿Te quería? ¿Supongo que se sentía celosa y herida?
— No, ella tampoco me amaba. Si no, nunca habría aceptado casarse conmigo sabiendo que yo quería que siguieras en mi vida.
— ¿Le hablaste de mí? ¿Te ha dicho que aún puedes verme? — preguntó Aryana con incredulidad.
— Preferí ser sincero con Castaneda desde el principio. Lo que quería era alcanzar cierta posición social. Su familia tiene dinero, pero no estatus. Quería ser la esposa de Nik Giorgiou por lo que eso implicaba. Por desgracia, no soportaba vivir con ella — admitió Nik, haciendo una mueca — . Era mala con mi familia y mentía hasta en las cosas más triviales. Después de prometerme que me daría una familia, me confesó que no quería tener hijos. En resumen, ninguno de los dos estaba satisfecho con nuestro matrimonio, así que Castaneda aceptó el divorcio.
— ¿Entonces por qué intenta hacerme daño ahora?
— Lo único que se me ocurre es que se sintió herida porque yo te quería más a ti que a ella. El hecho de que se casara contigo en cuanto me divorcié de ella también la ofendió, pero no te preocupes más por eso. El abogado que le dio la información ya no formará parte de mi equipo, y a Tristan tampoco le cae bien, así que no le dará ninguna información sobre nuestra vida.
Aryana decidió apartar de su mente el tema de Castaneda, pero entonces recordó lo que Nik acababa de decirle sobre el acuerdo prenupcial.
— ¿Y por qué temías que volviera a marcharme? — preguntó en un susurro.
— Mi padre me había dejado, mi madre me había dejado y tú eras aún más importante que ellos en mi vida — admitió Nik, haciendo un evidente esfuerzo por explicarse — . Cuando me enteré de que mi madre había muerto, aprendí a cerrarme a las emociones porque era la única manera de soportar semejante cambio en la vida de mis hermanas y en la mía propia. Todo lo que tuviera que ver con las emociones era una amenaza, y no me gustaba darme cuenta de que te necesitaba…
Aryana quedó tan sorprendida por esas palabras que sólo pudo decir:
— Oh, Nik...
— Después de encontrarte, no podía dejar que me dejaras otra vez.
— Pensé que te pondrías furioso si te enterabas de lo de Bartolomé, y de que ya me habías hecho daño antes, no quería volver a sufrir — dijo .
— Hice todo mal, pero no quería perderte de nuevo. Sin embargo, nunca debí usar el pasado de Jasmine para retenerte.
— No, no fue justo — dijo Aryana — . Me chantajeaste para que te llevara al hotel.
— Quería que estuvieras conmigo.
— Y luego me dejaste allí sola — le recordó ella .
— Los sentimientos que sentía por ti me estaban dominando — dijo — . No podía controlarlos, me sentía enfadado y frustrado, y tenía miedo de asustarte.
— No sabía cómo te sentías porque nunca compartías nada conmigo — murmuró Aryana.
Nik se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita que contenía un anillo de diamantes.
— Son las doce y cinco de la noche, así que ya es tu cumpleaños. Te felicito.

Le cogió la mano y le puso el anillo.
— perteneció a mi abuela y ahora te pertenece a ti. Mis abuelos fueron muy felices en su matrimonio y espero que nosotros también lo seamos.
Aryana miró el anillo con lágrimas de felicidad en los ojos.
— Debería habértelo dado hace dos años, pero entonces no me di cuenta de lo que sentía por ti — admitió Nik — . Nunca me había parado a pensar en lo que significabas para mí y, cuando por fin lo hice, ya era demasiado tarde y te habías ido. Incluso después de encontrarte y casarme contigo, aún no me había dado cuenta de que lo que sentía era amor.
— ¿Amor? — exclamó sorprendida.
— Sí, te amo, — dijo Nik. Probablemente, siempre te amé, pero era un amor egoísta, así que no lo reconocí, y claramente tú tampoco.
— Nik... acabas de decir que eras egoísta... — comentó divertida.
— Me di cuenta cuando vi todos tus certificados de hace dos años... Ni siquiera sabía que habías hecho cursos y estudiado… No sabía nada — admitió — . Ojalá me lo hubieras dicho.
— Sentí vergüenza. Tú eras culto y yo seguía cursos muy sencillos. Dios mío, ¿por eso me llevaste a esa galería de arte?
— Pensé que te gustaría — admitió .
— Sólo hice el curso por Greco — dijo —, pero para ser sincero, ya no me interesa.
— Ni siquiera soy un experto en arte. Y no cambiaría nada de ti. Estoy orgulloso de tu forma de ser y me alegra estar contigo. Estoy muy orgulloso de que seas mi mujer — le aseguró Nik, sonriendo de oreja a oreja antes de cogerla en brazos y llevarla hasta la cama.
— ¿De verdad? — preguntó.
— Ojalá hubiera comprendido antes lo que sentía por ti. Ojalá hubiera entendido antes lo que sentía por ti, porque nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento.
— Yo también te quiero — admitió Aryana, sonriendo.
— No entiendo por qué.
— Tal vez porque llegué a conocer una parte de ti que otros no ven. No lo sé. El caso es que siempre te he querido — reflexionó Aryana, relajada por primera vez en mucho tiempo al ver que su amor era correspondido.
— Estoy segura de que te quiero más de lo que tú me quieres a mí — dijo Nik antes de besarlo — . Lo siento, pero ya sabes lo competitivo que soy.
— Esta vez te dejaré ganar — bromeó Aryana .
Aryana observaba a Bartolomé bañándose en el mar con Charlotte y Frederick, mientras Nik vigilaba a los demás niños.
— ¿Sabes qué? — comentó Jasmine desde su tumbona, justo delante de la casa de la playa — . Nik es completamente diferente de lo que imaginaba. Para empezar, es genial con los niños.
— Ahí también me sorprendió — confesó Aryana, observando a su hija de seis meses que dormía a la sombra en una cuna de viaje — . Adora a Martha y es increíble lo mucho que le gusta tener una familia.
— También te adora, — comentó Jasmine, — es evidente por la forma en que te mira.
— Quizá tú también encuentres pronto el amor — comentó Aryana en voz baja, sabiendo que su prima había empezado a salir con alguien.

Aún era pronto para saberlo, pero esperaba que Jasmine fuera lo bastante valiente como para darle otra oportunidad al amor.
Hacía dos años que se había casado con Nik y, por aquel entonces, estaba a punto de vender su tienda de ropa vintage de Jasmine. En ese tiempo la vida de Aryana había cambiado mucho, pero también la de Nik. Nunca sería amigo de Jasmine, pero era capaz de relajarse en su presencia y aceptar que era importante para Aryana. Tal vez, gracias a sus hijos, se había convertido en un hombre más flexible.
Bartolomé era muy alto para tener tres años, lo había heredado de los Giorgiou, y también tenía el pelo castaño de su padre y los rizos de Aryana. Martha, en cambio, era una mezcla de los dos, con los ojos verdes como los de su madre y la piel más clara que la de su hermano, pero el pelo liso como el de su padre.
Aryana entró en la casa a por algo de beber y miró a su alrededor con una sonrisa en la cara, porque sabía que ella y Nik pasarían allí la noche. Jasmine y los niños volverían a casa por la tarde e Irene, su fiel niñera, iría a buscar a Bartolomé y Martha para llevarlos a la casa principal.
Desde que se casó con Nik, Aryana había aprendido a aprovechar al máximo el tiempo que pasaban juntos. Nik viajaba menos que cuando se conocieron y vivían en la isla la mayor parte del tiempo. Se llevaba bien con la familia Giorgiou, sobre todo con sus hermanas, así que nunca se sentía sola. A veces tenía ganas de pellizcarse, porque nunca había soñado ser tan feliz.
Un par de brazos la agarraron por detrás y se sobresaltó.
— ¿Nik?
— ¿Quién si no? — preguntó bromeando.
— Me has asustado — susurró ella, girándose en sus brazos para mirarle — , ¿quién está con los niños?
— Jasmine.
Aryana le miró a los ojos y le abrazó por el cuello, con el pulso acelerado.
— Sigue usted dejándome sin aliento, señor Giorgiou — admitió .
Nik sonrió de forma muy sensual.
— Hasta esta noche, nada.
Siempre la llamaba mi amor y Aryana le entendía por qué había aprendido mucho griego. Apretó su cuerpo contra él y le dijo:
— Te amo, Nik...
— Y yo te adoro a ti — respondió suavemente, acercándose para darle un beso que duró hasta que ambos necesitaron respirar de nuevo.